

CARTA OBSUR

REVISTA DIGITAL DEL OBSERVATORIO DEL SUR



OBSUR SERVATORIO
DEL

Número 45
Abril/Mayo 2016

CARTA OBSUR

REVISTA DIGITAL DEL OBSERVATORIO DEL SUR

Número 45

EN ESTE NÚMERO:

Editorial

La Misericordia en Uruguay.....1

Centrales

“Como arcilla en manos del alfarero”... Cómo es ser religiosa en Uruguay / Macarena Alvariza.....4

¡Despierten al mundo! / Daniela A. Cannavina. Capuchina de la Madre Rubatto.....7

50 años atrás: llega Parteli a Montevideo. El diseño de lo nuevo / Mercedes Clara.....12

Preguntas y respuestas

Entrevista a Celina García: “Vida consagrada de puertas abiertas, mate pronto y mesa servida” / Agustina Marques.....17

Hechos y dichos

Lluvia en primavera. Análisis de la visita del Papa Francisco a Mexico / Mtro. Alejandro Ortiz.....21

Final esperanzador. La conclusión del diferendo LCWR- Vaticano (CDF) / Pablo Dabezies.....24

Consejo Nacional de Iglesias Cristianas de Brasil. Declaración en favor de la democracia y el estado de derecho / CONIC.....27

Esperado y esperanzador abrazo en Cuba / Pablo Dabezies.....29

Homenaje a Alfredo Zitarrosa. Una experiencia de comunión de los santos a la uruguayaya / Rosa Ramos....34

II Congreso Continental de Teología: una Iglesia viva / Isabel Artagaveytia.....38

Espiritualidad

Semana Santa en el año de la Misericordia y en estas tierras / Rosa Ramos.....40

Reflexionando el Evangelio

Evangelio dominical (Marzo-Abril) / Antonio Pagola.....45

Leyendo y webeando

Kasperces / Pablo Dabezies.....54



Equipo de Redacción: Pablo Dabezies, Mercedes Clara, Magdalena Martínez, Mariana Sotelo, Agustina Marques, Rosa Ramos.

La misericordia en Uruguay

Por: La Redacción



Una breve introducción informativa. Estamos comenzando este 2016 con un mes de atraso en nuestra cita, ya que estamos en abril. Este es entonces el número abril-mayo de este año. La razón de esta demora radica en que hemos hecho un buen esfuerzo para mejorar nuestro soporte informático y esto ha llevado un poco más de tiempo que el pensado. Ya es una realidad, en el marco más amplio de la nueva página de Obsur. Esperamos que les guste.

El objetivo, además de hacer más fácil la edición de nuestra "Carta", es el de permitir un acceso y consulta más amigable, según la expresión consagrada. Lo que nos estará permitiendo también una interacción directa con ustedes, que nosotros consideramos una forma de colaboración. Nos jugamos a ello con ese propósito que expresamos desde nuestro número inicial de ir construyendo poco a poco y de modo creciente un espacio de reflexión común, plural, libre, sobre todo laical. A nuestra comunidad, a nuestra Iglesia en general, le está faltando que nos animemos mucho más en ese terreno. Estamos convencidos que entre nosotros hay muchas riquezas que solo aguardan ser compartidas. Sin miedos, humildades equivocadas ni perfeccionismos que paralizan. Que el espíritu de libertad y testimonio tan propio de la Pascua del Señor nos estimule y aliente.

* * *

Uno de los riesgos que corremos con el Año de la Misericordia convocado por Francisco es "espiritualizarlo" de tal manera que no signifique cosas concretas para la vida de todos los días, más allá del terreno de las llamadas "prácticas religiosas". Y no solo para la vida real de los cristianos, sino de todos. No está de más recordar que el propio obispo de Roma expresó en su Bula "El rostro de la misericordia", su intención de que esta iniciativa llegue mucho más allá del mundo católico. De hecho, en la misma Bula Francisco dice: [Este es un año para] "abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. En este Jubileo la Iglesia será

llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención" (n. 15). Y de manera muy tajante advierte: "La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo" (n. 10).

Y su brazo derecho, el Secretario de Estado cardenal Parolin invitaba, en los días siguientes a los atentados de París, a que se tratara de hacer participar a los musulmanes del espíritu del Año Santo: "este es más bien el momento justo para lanzar la ofensiva de la misericordia". Agregando que "el Papa quiere que el Jubileo sirva para que las personas se encuentren, se comprendan y superen su odio". Deseo compartido por el vice-presidente de la Comunidad islámica de Italia Yahya Pallavicini (remitimos al artículo "La puerta de la Misericordia", en nuestra edición pasada).

Conviene también recordar que el motivo central del Papa para iniciar este año especial el 8 de diciembre pasado, fue el hacer coincidir ese comienzo con el 50 aniversario de la clausura del concilio Vaticano II, citando palabras de Juan XXIII y Pablo VI que reclamaban a toda la Iglesia una nueva actitud para con el mundo, hecha de apertura, respeto y justamente misericordia (la "medicina de la misericordia de papa Juan y la "espiritualidad del Buen Samaritano", según el papa Montini).

Retomando la advertencia del inicio, ¿dejaremos pasar como Iglesia esta ocasión para practicar nosotros mismos la misericordia, anunciarla y buscar caminos para que gane terreno en la actual maltratada convivencia de los uruguayos? ¿Renunciaremos a hacernos en verdad servidores de la misericordia sin esperar otra recompensa que el goce con todos de una nueva manera de relacionarnos? ¿Quedaremos replegados en las prácticas para "ganar la indulgencia" o celebrar jubileos por grupos? Podemos seguir con preguntas similares.

No pretendemos dar lecciones a nadie, pero estamos ante un "tiempo propicio" para intentar esa "Iglesia en salida" que deseamos, solo que por el momento parece que no lo estamos aprovechando en toda su dimensión. Es la misma realidad de la vida de nuestro pueblo que nos invita. ¿O acaso no percibimos todas las voces, aún cuando a veces sean distorsionadas, los anhelos, a menudo expresados de manera medio bruta, por una vida de mayor comprensión, capaz de ir superando todo lo que nos divide, lo que excluye a muchos, lo que nos enfrenta, lo que nos lleva a buscar la salida para cada uno y no el bien de la comunidad? Si fuera el objetivo de estas líneas podríamos empezar a enumerar injusticias y violencias instaladas, discriminaciones y desprecios arraigados, insensibilidades y cegueras tenaces, que nos llevan a vivir angustiados, con miedo, intratables, crispados. No queremos exagerar, pero pensamos que la inmensa mayoría de uruguayos y uruguayas deseamos y necesitamos cambiar, y para usar este lenguaje bien cristiano, experimentar y respirar misericordia (cada uno podrá ponerle el nombre que quiera, para lo más simple, personal y cotidiano hasta lo colectivo y flagrante). Frente a ello podemos seguir engrosando el coro de los lamentos, en una de esas pidiendo más represión, o aumentando el número de los que se repliegan y descreen cada vez más. Eventualmente, rasgarnos las vestiduras por este mundo y este "país que va tan mal". Pero parecería que el llamado, a nosotros cristianos, es el de hacernos cargo de la misericordia del Padre, esa encarnada en el vivir y la palabra de Jesús, para convertirnos a ella en un servicio a todo nuestro pueblo, y con todos quienes lo deseen o ya lo vivan (hay muchos y muchas). Esta es la alternativa mejor, para nosotros y para todos, que además de ser reclamada por nuestra realidad presente, es la que nos propone la iniciativa de Francisco. Claro, exige perderle el "miedo a la misericordia", como decíamos en nuestro editorial pasado, animarnos. Aun si pensáramos en términos de provecho para la Iglesia sería esto lo más redituable según esa opinión del Papa que ya citamos: "La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor

misericordioso y compasivo" (n. 10).

Sin entrar en esta perspectiva ("ya han tenido su recompensa", ¿no?), difícil pensar que hubiera algo mejor para ofrecer como discípulos de Jesús a nuestro pueblo, a la convivencia de los orientales. Y pocas cosas tan propias del cristiano, de la misión de la Iglesia, como hacernos "servidores de la reconciliación" (2Cor 5,18), o diríamos de otro modo, testigos y trabajadores de la misericordia.

En lo que a Carta Obsur refiere, nos comprometemos a mantener la atención viva sobre esta oportunidad que nos da el Señor.

La Redacción

Agregamos dos líneas para comunicarles con alegría que nuestra amiga Rosa Ramos se ha agregado a nuestra redacción. Gran adquisición, aunque su integración (ya era colaboradora muy bien dispuesta) se haya visto facilitada por la clausura de ese hermoso emprendimiento que era la revista "Misión". Duros tiempos para las publicaciones en papel, sobre todo las que no pueden contar con más recursos que el trabajo voluntario y la benevolencia de los lectores. Igual ha sucedido también a fin del 2015 con "Umbrales". Lástima. No perdemos la motivación. Y, ¡bienvenida Rosa!

“Como arcilla en manos del alfarero...” Cómo es ser religiosa en Uruguay

Por: Macarena Alvariza



Como arcilla en manos del alfarero... Sí. Así somos las religiosas/os del Uruguay. Al menos así son las hermanas y hermanos que conozco, y así soy yo. Con una vocación que ya tiene casi dos mil años en la Iglesia, y sin embargo, personas y comunidades en continuo movimiento y cambio...

El cambio es una característica de nuestro ser cristianos hoy. ¿Quién de nosotros no se está planteando y replanteando la manera de ser seguidor/a de Jesús? Y si esto vale para todos, con mucha razón también vale para quienes hacemos de esta opción el centro cotidiano de nuestra vida. Dios nos está modelando paciente y tenazmente y, aunque a veces nos cuesta ser dóciles, está consiguiendo darnos una forma nueva.

Gran parte de los cambios que vivimos son globales, los que vive todo el mundo. El mes pasado nuestra Provincia celebró un Capítulo Provincial, y el tema principal fue el cambio de paradigmas de la actualidad y lo que eso implica a nuestro ser religiosas. Pasamos todo el año reflexionando, debatiendo, rezando, intentando comprender lo que pasa y lo que *nos* pasa, para discernir por dónde está soplando el Espíritu y qué está creando hoy, seguras de que el tiempo que vivimos es tan rico de manifestaciones de la acción de Dios como han sido todos los tiempos pasados.

Por ejemplo, reconocimos el nuevo paradigma de la complejidad y la interdependencia. Para cada situación tenemos que identificar múltiples causas y conexiones, y pensar varias estrategias simultáneas para abordar cada problema. A la caridad de siempre hay que sumarle inteligencia, amplitud, y la humildad de sentarnos con otras y otros a buscar juntos. Y para esto encontramos espacios muy ricos en las Redes de instituciones, en las Mesas Barriales de vecinos, en los Nodos educativos y de salud... Aprendemos unos de otros las nuevas formas de abordar el tema de la violencia, el consumo problemático de sustancias, el género... Encontramos pistas que suenan mucho a la presencia del Espíritu de Jesús de Nazareth que continúa soplando e inspirando una nueva humanidad.

Así hacemos en nuestra comunidad de la Cruz de Carrasco. Nos unimos para analizar lo que pasa, para soñar, para trabajar. Estamos abiertas a participar en planes del gobierno que se instalan en nuestra zona, o a iniciativas de grupos. Nos presentamos como hermanas (las “monjitas”, nos dicen los vecinos). No usamos hábito, pero eso no quiere decir que escondamos nuestra identidad, que está llamada a ser pública. Integramos espacios *laicos*, en los que nuestra presencia de religiosas evidencia una postura frente a la vida que muchos comparten anónimamente, y en el diálogo mano a mano se animan a sacar a la luz. Creo que de alguna manera sienten confirmada su lucha por mejorar el barrio y al mismo tiempo sienten la sana presión de hacer las cosas bien y no desperdiciar el tiempo y los recursos que deben ser para la gente más necesitada.

En estos espacios personalmente participo como vecina, no como técnica de una institución. E intento aportar el punto de vista de quien está involucrada afectivamente con los “usuarios” de los servicios; son amigos, nos encontramos en el almacén, tienen una vida por detrás de su enfermedad o necesidad puntual. ¡Este es el regalo de ser una comunidad inserta! Los “pobres” no son ajenos: son Kevin, Teresa, Amalia, Ramón... protagonistas de la misma historia de la que nosotras somos parte.

Otro gran cambio de la actualidad que nos está afectando es el de la nueva sensibilidad frente a lo espiritual y lo religioso. Hasta hace poco, ser religiosa en Uruguay significaba enfrentar rechazos, preconceptos, no sólo de los intelectuales formados en una universidad fuertemente anti-religiosa, sino también de gran parte de la gente. Pero los tiempos están cambiando; el aspecto espiritual de la vida ya no tiene que pedir permiso para manifestarse; y la vida religiosa pasó a ser una postura aceptada en un mundo de ofertas espirituales de lo más variadas.

Esto nos exige repasar el fundamento de nuestra espiritualidad, identificando los elementos comunes a todo ser humano, valorándolos, y ofreciendo espacios cualificados de acompañamiento y celebración de la vida. Por ejemplo, una vez al mes la celebración eucarística parroquial se hace en nuestra casa, y en el living-comedor armamos un lugar de encuentro, vienen algunos vecinos, e intentamos que todos se sientan acogidos, que puedan expresar su pensar, lo que los preocupa y alegra, en un rito simplificado en el que puedan participar mejor. Y seguimos buscando formas nuevas. Junto a las novicias acabo de participar de un taller de espiritualidad que ofreció Talita Kum en Montevideo, y cuántos elementos ricos y creativos sentimos que podemos incorporar a nuestra forma de vivir los ritos y oraciones. ¡Siempre el alfarero, modelando suavemente sus cacharros...!

Sobre la forma de rezar, vivimos un tiempo de gestación de cosas nuevas. Algunos teólogos y teólogas actuales nos han ido dejando una “espinita” clavada en la conciencia, que paulatinamente va dando sus frutos. Uno es Andrés Torres Queiruga que nos hace preguntar qué estamos diciendo sobre Dios y nos invita a repensar y crear para reflejar realmente la fe en el Dios de Jesucristo, y no pedirle cosas que nosotros tenemos que hacer. Entonces, diariamente, intentamos presentar en la oración comunitaria la vida que nos alegra y preocupa también, pero no decimos cosas como “acuérdate de tu misericordia” (¡las olvidadizas somos nosotras, no Dios!) o “ten piedad” (como si pudiera no tenerla...); o al usar el Breviario (libro para la Liturgia de las Horas) evitamos algunas oraciones que parecen indicar que el Padre organizó todo para que Jesús sufriera y muriera y así saciar su sed de “justicia”; o transformamos los pedidos de que Dios haga cosas que ya sabemos que está haciendo, en afirmaciones (el problema no es que Dios nos ilumine, porque lo hace permanentemente; el problema es que nos dejemos iluminar nosotras!!).

Y sencillamente, caseramente, vamos recreando la liturgia, así como la catequesis, para que

realmente refleje al Dios-Misericordia del que insistentemente nos está hablando el Papa Francisco. A veces nos sale mejor, a veces no tanto... pero lo intentamos sinceramente. Ahí donde es posible nos esforzamos por hacerlo con la comunidad parroquial más amplia; en Uruguay tenemos variedad de experiencias: unas favorables, como en nuestra Parroquia, otras de mucha resistencia. Mucha gente desea tener celebraciones más vitales, y se buscan formas de rezar que integren mejor lo corporal, el contacto con la naturaleza, los símbolos, canciones que tengan palabras actuales, etc. Pero algunas personas se aferran a formas arcaicas como si fueran parte esencial de su fe, y ahí tenemos que ir "despacito por las piedras". ¡Ojalá que a las nuevas generaciones de religiosos, pero también seminaristas, catequistas, y todas las vocaciones en la Iglesia, sepamos transmitirles la flexibilidad que pide la actualización permanente de la fe, como condición para no volverla un objeto de museo!

En cuanto a los nuevos desafíos, ¡cuántos tenemos a nivel pastoral! Las realidades tan diversas de las familias, las nuevas generaciones con sus códigos diferentes, la tecnología que evoluciona aceleradamente, la cambiante coyuntura política... todo esto pide nuevas lecturas y respuestas. En algunos temas vamos incursionando paulatinamente. ¿Cómo no alfabetizarse digitalmente en el Uruguay del Plan Ceibal? ¿Cómo no parar a contemplar y pensar en el Uruguay que introdujo el casamiento de parejas del mismo sexo? ¿Cómo no cuestionarnos el itinerario formativo para acompañar jóvenes que llegan con vivencias tan diferentes de las que hacíamos antes? ¿O cómo no aprovechar las oportunidades que algunos espacios gubernamentales nos dan para servir mejor a los que necesitan un techo digno, educación, cuidados...?

¿Y el tema ecología? ¡Qué regalo nos hizo el Papa Francisco con la Encíclica Laudato Si', que nos tanto nos ayudó a encontrar el hilo conductor entre nuestro compromiso ya sólido con los más empobrecidos del Uruguay, y la sensibilidad frente a los ríos contaminados, los campos desgastados por los monocultivos, la basura creciente...! De a poco vamos ganando en conciencia de que en las diversas iniciativas que tenemos debemos ocuparnos de su repercusión en el medio ambiente, y sobre todo de qué manera afecta la vida de los más vulnerables.

Creo que las religiosas y religiosos del Uruguay a veces hacemos de línea de punta en los temas nuevos, en la sociedad toda o en la Iglesia. Con nuestras pastorales, con las obras, trayendo temas a reflexionar en las parroquias, mezclándonos con la vida de la gente así como es, sin encorsetarla. Con la posibilidad de acción que nos da el que seamos grupos organizados con una finalidad común (también eso son las Congregaciones, más allá de que el "motor" es espiritual), conseguimos movilizarnos bastante bien y aportar nuestro granito de arena. Tenemos espacios riquísimos intercongregacionales, como los equipos de la CONFRU, las asambleas y juntas diocesanas, o temáticas como la trata de personas, en las que varias congregaciones se han comprometido a un camino común. Nos equivocamos también, como todo el mundo, pero no nos quedamos quietos. La mayoría de las veces calladamente, con la constancia y la fortaleza que nos regala la fe, sembramos "tozudamente" ahí donde nos toca vivir, para que todos puedan cosechar signos de una nueva humanidad.

¡Despierten al Mundo!

Por: Daniela A. Cannavina. Capuchina de la Madre Rubatto



Desafiantes palabras del Papa Francisco a la vida consagrada.

Pero ¿de qué debemos despertar? ¿A qué debemos despertar? Muchas situaciones absorben hoy sus energías a la vida consagrada transformándose en remolinos de viento que la envuelven y no le permiten ver con mayor nitidez el horizonte: problemáticas de disminución numérica, envejecimiento de sus miembros, pocas vocaciones, grandes estructuras para sostener, tradiciones y herencias que mueven obligadamente a pensar en procesos continuos de reestructuración de las obras, afán de seguir atendiendo todo sumergiéndonos en un activismo desmedido, anclaje en lo seguro y tanto más.

Esta realidad que está a la vista, coloca a la VC^[1] frente a un gran riesgo: el quedarse mirándose a sí misma, atrincherada en sus obras y sosteniendo el peso de una realidad que ya fue. Y aún más, sin dejarse leer como palabra de vida, colocándose más del lado de la “conservación” que del “perder para ganar”.

¡Qué bueno que se invitó a la VC a “despertar”... y más aún, a “despertar al mundo”... Llamada urgente para “salir de sí misma” y volver a asomarse a la propuesta de Jesús; y a la par de reencantarse, adecuar sin temor la misión a tiempos y necesidades nuevas que surgen de las situaciones concretas del mundo y de la sociedad en que vivimos. En definitiva, “Despertar al mundo” en este año de reflexión, ha sido una invitación a asumir con atención y responsabilidad las mociones del Espíritu en actitud de vigilia y discernimiento constante para dar repuestas que sintonicen con el querer de Dios y no con nuestras mezquinas justificaciones.

Quien se animó a vivir este año desde la dinámica desestabilizadora del Espíritu, habrá colocado un oído en el corazón del mundo y otro en el corazón de Dios para escuchar los clamores que desvelan

y animan a mirar más allá de lo que aqueja. ¡La vida clama a la VC! y la desafía a cambiar lo “auto” por lo “inter” para seguir siendo consagrados místicos y profetas, hombres y mujeres de Dios, rostros del Amor Misericordioso del Padre en la entrega cotidiana al servicio del Reino.

Y para “despertar”... así quisimos vivir el **AÑO de la VIDA CONSAGRADA**:

*con un corazón **AGRADECIDO** por el pasado,*

APASIONADOS en el presente,

*mirando el futuro con **ESPERANZA**,*

y celebrando a cada paso **“un tiempo de gracia”**...

Tiempo de gracia que nos animó a descubrir, de una manera nueva, nuestra identidad de consagrados y consagradas. Tiempo para reencender la llama de la vocación con el solo motivo de revitalizar y avivar el encuentro con la persona de Jesús, a quien hemos entregado la vida.

Tiempo de gracia que nos animó a vivir con alegría y gozo el compromiso de construir cada día la comunidad, ambiente fraterno que nos hace familia de hermanos y hermanas en la gratuidad.

Tiempo de gracia que nos animó a potenciar y dinamizar el espíritu discipular y misionero para atender a los clamores de la vida en los nuevos escenarios y sujetos emergentes de nuestros campos de servicio en la entrega cotidiana.

Tiempo de gracia que nos animó a ser anunciadores de “Buenas Noticias” y pregoneros de “lo posible”.

Un tiempo de gracia vivido en la convocación de dos momentos claves: el Encuentro Nacional de la Vida Consagrada del Uruguay (21 y 22/3) y el Congreso de Vida Consagrada (18 al 21/6) celebrado en Colombia.

Del **primer evento**, nos animamos a convertir los objetivos propuestos por el Papa Francisco en un Itinerario de vida que se continuó plasmando en las diversas actividades a lo largo del año:

1. **“Hacer memoria agradecida del pasado”**

Peregrinando por cuatro postas celebrativas:

- *Hacer memoria agradecida de los Fundadores y Fundadoras*
- *Hacer memoria agradecida del camino personal de vida consagrada*
- *Hacer memoria agradecida de los carismas y de las obras presentes en el Uruguay y su injerencia social*
- *Hacer memoria agradecida del camino recorrido de la CONFRU (Conferencia Nacional de Religiosas y Religiosos del Uruguay).*

1. **“Vivir el presente con pasión”**

Presentando a los testigos del ayer y del hoy que se animaron a vivir su vida de consagración “con profunda pasión”:

- *La pasión por Jesús pobre: Francisco de Asís*
- *La pasión por la Reforma: Teresa de Ávila*
- *La pasión por los marginados: Don Bosco*
- *La pasión por el pueblo: Mons. Romero*
- *La pasión por las búsquedas: Martirio de los monjes de Argelia (“De Dioses y hombres”)*
- *La pasión por los que no cuentan: Teresa de Calcuta*
- *La pasión hasta el último minuto: [Helen Prejean](#) (“Mientras estés conmigo”)*
- *La pasión de vivir con...: Mons. Casaldáliga*
- *La pasión encarnada en la realidad: Padre Cacho*

¡Varones y mujeres de Dios que tuvieron en el corazón: el EVANGELIO como regla, y en la vida: la PASIÓN por el Reino!

1. **“Abrazar el futuro con esperanza”**

“Despertando al mundo” para ser en el hoy:

- *Místicos en el Espíritu*
- *Profetas de fraternidad*
- *Siervos de Caridad*

Una invitación a descubrir cómo cultivar el don de la Esperanza en estos tiempos que nos toca vivir.

Del **segundo evento**, los objetivos propuestos se convirtieron en el hilo conductor del Congreso, enmarcándose con la conmemoración de los 50 años del Concilio Vaticano II, y concretamente de Lumen Gentium y Perfectae Caritatis, que han impulsado con fuerza la renovación de la VC. Así también la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, que nos involucra de lleno en la Nueva Evangelización y a ser parte de una “Iglesia en salida misionera”.

La trama del Congreso, en nuestra querida Latinoamérica, estuvo teñida de un fuerte espíritu fraterno, participativo, hermenéutico, germinal y proyectivo, como característica de cada una de las jornadas. Desde la realidad, en diálogo, bajo la perspectiva de la opción preferencial y evangélica por los pobres, se propició la escucha de los Clamores (VER) de la VC, que forja sus Convicciones (JUZGAR) y busca Horizontes de Novedad en sus Compromisos (ACTUAR).

Así se percibió en las conferencias, los paneles y foros de las mañanas, lo mismo que en los **41 talleres** que se desarrollaron en las tardes, referidos a diez núcleos temáticos (Nuevas Generaciones, humanización y espiritualidad, pobres, cambio sistémico, justicia paz e integridad de la creación, interculturalidad, intercongregacionalidad, comunión eclesial, carismas y laicos, y salida misionera) y a seis ejes transversales (misión, espiritualidad, comunión, consagración, formación y animación).

El anhelo de un modo nuevo de vivir la VC se hizo presente. *“Es urgente que reconozcamos lo que está pasando en la VC, desde donde estamos y como estamos, que acojamos el momento que nos toca vivir y donde nos toca estar, con una actitud teologal, es decir, con un corazón creyente, esperanzado y enamorado... Más que nunca necesitamos de un sano realismo, sin dejar de acompañarlo de nuestros sueños y utopías, así como de los anhelos de responder más evangélicamente a las llamadas de Dios y a los clamores de la humanidad”*^[2].

Y la pregunta... **¿Qué horizontes se vislumbran para la Vida Consagrada de América Latina y el Caribe a partir del Congreso?**

En una síntesis que recupera el paso del Espíritu por el Congreso en el deseo de resignificar la VC, compartimos:

1. La Trinidad es el modelo de nuestra hermandad; nos conduce a la unidad en la diversidad, nos capacita para el diálogo y la reciprocidad, hace que nuestras relaciones sean circulares y en igualdad.
2. El seguimiento de Jesucristo, desde la mística y la profecía, tiene como horizonte el martirio, elocuente testimonio que es capaz de tocar el corazón de los demás y suscitar la conversión. Hemos de recuperar la memoria profético-martirial de nuestros pueblos.
3. Una resignificación de los consejos evangélicos, a la luz del Verbo de Dios que se encarna y entrega su vida en la cruz, y de la escucha de la Palabra, llevará a la persona consagrada a la libertad, la gratuidad-gratitud y la compasión.
4. La VC está llamada a compartir espiritualidad, misión y vida con los laicos, desde una eclesiología de comunión, constituyendo familias carismáticas.
5. Una VC pobre y para los pobres, implica hoy participar en la «revolución de la ternura» (EG 88), «usar la medicina de la misericordia» (MV 4) y «cuidar la casa común» (LS).
6. La VC ha de salir de su autorreferencialidad y de todo aquello que le impide el contacto directo con el prójimo.
7. La intercongregacionalidad y las comunidades intergeneracionales son retos que exigen creatividad y que nos dan la oportunidad de enriquecernos mutuamente, crecer y

complementarnos.

8. Las culturas, la ecología y la humanización son espacios en los que la vida se ve amenazada, espacios en los que la VC debe estar presente y actuar.

El año vivido nos impulsó a dejarnos revitalizar y resucitar a una VC más evangélica y más transparente en la alegría del seguimiento de Jesús. Que Él nos siga reencantando para hacer realidad todo lo compartido y reflexionado en este especial *tiempo de gracia*.

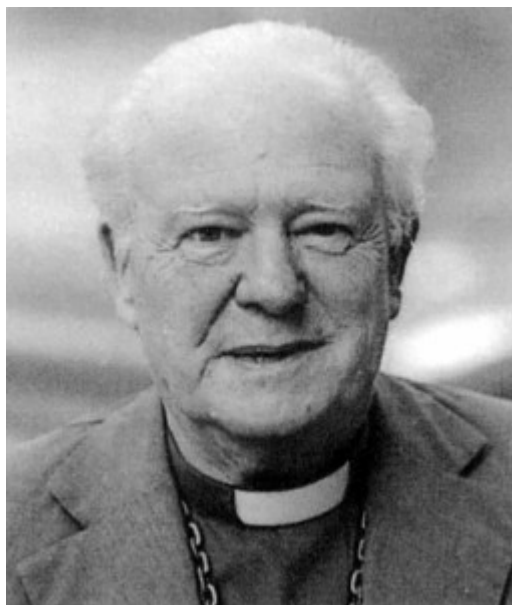
¡A seguir en camino!

[1] VC = Vida Consagrada. De aquí en adelante.

[2] Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, FSpS. Presidenta de la CLAR.

50 años atrás: llega Parteli a Montevideo. El diseño de lo nuevo

Por: Mercedes Clara



El Concilio Vaticano II: un antes y un después en la historia de la Iglesia. Durante el episcopado de Monseñor Carlos Parteli (1966-1985) la Iglesia montevideana recorre un camino de apertura, consolidación y crecimiento, que aterriza las intuiciones del Concilio tomando posturas comprometidas con la realidad de la Iglesia y del país. La sensibilidad, valentía, inteligencia, humildad y capacidad de trabajo en equipo de Parteli impulsaron una Pastoral de Conjunto que embarcó a toda la diócesis hacia nuevos horizontes. Este año, desde Carta Obsur, nos proponemos hacer memoria de este tiempo que nos deja como herencia grandes desafíos.

Abonando la tierra

Para la Iglesia uruguaya la década de los sesenta es un tiempo de entusiasmo y renovación. Mientras el país se prepara para la fractura política, a nivel religioso se experimenta un cambio de sensibilidad motivado por la renovación conciliar y las conferencias latinoamericanas. El Concilio implica un cambio en la concepción de la Iglesia y su misión. El mismo espíritu conciliar es lo novedoso: una Iglesia que se corre del lugar de poseedora de la verdad para preguntarse por sí misma y repensar su sentido desde la propuesta viva de Jesús.

El sacerdote Miguel Curto recuerda que desde Uruguay “muchos sacerdotes jóvenes seguíamos con entusiasmo el Concilio y sus documentos. En ese entonces, que no había internet, era a través de revistas y publicaciones europeas que llegaban al país que accedíamos a reflexiones de teólogos y filósofos que alimentaban nuestra sed de pensar y transformar la Iglesia”. A esto se suma la visión de algunos obispos, como Mons. Barbieri, Viola y Baccino, que promueven la formación en el

exterior de algunos sacerdotes jóvenes, que viajan a especializarse en distintas áreas y respiran los nuevos aires provenientes de Europa, y cuando regresan “traen consigo la efervescencia que se vivía en el viejo continente, sus debates, las reformas que ya se estaban impulsando.(...) Esta inversión dará sus frutos en la renovación de la Iglesia uruguaya en pocos años” (Bazzano, 1993).

También el Seminario Interdiocesano, con su nuevo edificio en Toledo (Canelones), a cargo de la Compañía de Jesús, propiciaba el intercambio de materiales, correspondencias, publicaciones y visitas que difundían las nuevas corrientes teológicas y pastorales. Los seminaristas, a través de la revista *La Brújula*, compartían bibliografía y novedades.

Parteli llega para catalizar esos espíritus inquietos y deseosos de dinamizar una Iglesia compartimentada, replegada sobre sí misma, preocupada por retener a sus fieles, lejos de la sociedad, sin espacios de formación, centrada en aspectos doctrinales, litúrgicos y morales, con el poder en manos de los párrocos, y laicos que colaboraban con ellos sin mayor incidencia ni conciencia de su vocación.

A comienzos de 1966, Parteli es nombrado Arzobispo de Montevideo. Lo recibe una diócesis con grandes tensiones internas. Por un lado, estaban los que alentaban la corriente renovadora y, por otro, quienes la resistían; mientras algunos esperaban expectantes lo que sucedería y muchos otros ignoraban por completo lo que pasaba.

Recuerda Monseñor Parteli en sus Memorias:

“Por obligación, y además por haber vivido intensamente los avatares del Concilio, no podía menos que tomar en serio sus resoluciones y pensar en el modo de hacer que ellas se fueran conociendo y aceptando. Era consciente de que este proceso llevaría su tiempo de maduración, pero de todos modos, había que empezar. (...)”

A veces me despertaba de noche, e inquieto me preguntaba a mí mismo: ¿Cuál es el papel que como obispo me toca desempeñar? ¿Cuáles son los problemas ineludibles que debo afrontar? ¿En qué medida y hasta qué punto debo asumir la responsabilidad de introducir cambios novedosos?

Veía dos caminos. Uno muy fácil: dejar que todo siguiera como siempre, limitándome a resolver, de la mejor manera, las cuestiones que fueran presentándose cada día. El otro, más ambicioso pero más complicado: hacer un proyecto pastoral, pensarlo bien con quienes quisieran ayudarme, y ponerlo en marcha poco a poco, sin fijarme en las dificultades”.

Y eligió el camino difícil. La intuición y humildad de Parteli lo ayudaron a reconocer una tierra fértil donde sembrar. Supo rodearse de las personas adecuadas, que caminaban en su mismo sentido, intentando leer juntos los signos de los tiempos y responder a ellos, en clave de ese Espíritu nuevo que se venía gestando.

Para Curto, la característica fundamental que puso en juego Monseñor Parteli en este proceso es la apertura a los otros y su disposición para aprender. “Él lo consultaba todo, pedía consejo, siempre estaba preguntando, por eso le llamábamos El periodista. Después que tenía las opiniones de todos hacía su síntesis personal y tomaba decisiones”. Tenía una gran confianza en sus amigos, y en las personas que le iban sugiriendo, aunque no las conociera, con ellos armó ese primer equipo de trabajo que llevaría adelante el proyecto diocesano. Es así que con Haroldo Ponce de León como Vicario General, y Arnaldo Spadaccino como encargado de la Pastoral, con numerosos religiosos y laicos, en su mayoría procedentes de la Acción Católica estudiantil y universitaria, organiza la

Pastoral de Conjunto en Montevideo.

“Apenas entré en contacto con la gente comprendí que el desasosiego de los sacerdotes y de muchos jóvenes provenía, en buena parte, del desencuentro de los criterios y la falta de diálogo. Por eso escogí como colaboradores inmediatos a quienes por sus inquietudes pastorales, su apertura de espíritu y su adhesión a la Iglesia del Concilio, supieran entender los signos de la hora, fueran creativos y capaces de colaborar en un plan pastoral elaborado con amplia participación de las bases, y por esto mismo asumido luego por todos responsablemente. Eran muchos los que sentían ansiosos deseos de trabajar. Solo esperaban que se los llamara”.

Vida en abundancia

Para Parteli la formación de laicos y sacerdotes era un aspecto vital, por eso, antes de poner manos a la obra, invitó al Canónigo Fernand Boulard (que ya había dado seminarios y talleres en otras diócesis del interior en el año 64), con el fin de fortalecer las raíces del nuevo proyecto, y profundizar en lo que significa una Pastoral de Conjunto. Su presencia redobló el entusiasmo e impulsó los primeros movimientos.

El primer paso fue hacer un plan de organización para aunar esfuerzos. Se realizó un inventario de todos los organismos existentes, que eran más de cien, y se evaluó que no eran adecuados para estructurar el nuevo plan. “Había que partir de otra base”, afirma Parteli: “Puesto que los objetivos buscados eran diferentes, también los medios y el método tenían que ser distintos”. Así se forma un equipo para pensar y proyectar un esquema original. La Diócesis es concebida como un cuerpo vivo y unitario que requiere integración y coordinación. Así se van agrupando las distintas realidades, que nuclea diferentes identidades (presbíteros, religiosos, parroquias, servicios, etc.), con el fin de unirse al servicio de una acción común. Surgen la Vicaría Pastoral, Consejos Pastorales Parroquiales, los Presbiterios Zonales, el Consejo del Presbiterio Arquidiocesano, la Pastoral Juvenil, entre otros. Cada sector va afianzando su personalidad y coordinando con los otros.

Impulsar el protagonismo laical es uno de los objetivos de Parteli en el nuevo diseño pastoral. Para esto se centra en la formación y participación del laicado. Ve en las pequeñas comunidades una instancia pedagógica única, la vivencia comunitaria de la fe es el camino para acercar la fe y la vida, para avanzar en maduración y coherencia. El anuncio de la fe solo es posible a partir de lo que vivimos. Desde esta convicción lanza una campaña de sensibilización invitando a formar pequeños grupos de reflexión de vida.

En 1968, se realiza el *Encuentro Socio pastoral*, primer encuentro arquidiocesano, y al año siguiente, en el segundo, se trabaja el tema *Revisión de la Iglesia* y se recogen los aportes de más de 900 delegados de los grupos que comparten la importancia y desafíos en este caminar. De este encuentro surge un documento que contiene: una visión de la realidad, el juicio desde la fe y las opciones pastorales.

Parteli define el plan pastoral como un proyecto de largo alcance:

“que apuntaba no solo a los individuos y los grupos sino a la sociedad entera. Su mira estaba más allá del cultivo personal de los católicos practicantes; quería llegar al corazón mismo de la sociedad. Se proponía despertar en toda la Iglesia, en todos sus estamentos, en todos sus hombres y mujeres, un sentido de corresponsabilidad en la misión de llevar el Evangelio -vivido y predicado- a todos los ambientes para transformarlos desde adentro con su influjo, a modo de levadura. No se salvan los peces si no cambia el agua de la pecera”.

El 1º de diciembre de 1967 se presenta la Carta Pastoral de Adviento, un documento que contiene las líneas centrales de la renovación pastoral. Lo novedoso no es solo su contenido, que abre la Iglesia a la situación social del Uruguay, sino que además del arzobispo la firman los veintiún sacerdotes integrantes del Consejo de Presbiterio. “Esto nunca se había hecho antes, y da un mensaje muy fuerte de cuerpo, de grupo, de horizontalidad. Después se prohibió que los sacerdotes firmáramos las cartas pastorales, pero este fue un hito en el proceso de consolidar la Pastoral de Conjunto, de mostrar que había otra manera de hacer las cosas, de impulsar los cambios, donde todos éramos responsables”, recuerda Curto.

La carta se dirige a los católicos de la arquidiócesis y propone una reflexión sobre la misión de la Iglesia en el contexto que vivía el país. Parte del núcleo de la doctrina e invita a ponerla en práctica, a comprometerse en los hechos, en el corazón del mundo, desterrando todo tipo de espiritualidad desencarnada de la historia. Aborda temas polémicos, denuncia la pobreza y la necesidad de desenmascarar sus causas, la violencia estructural, la necesidad de reformas urgentes, y la unión de todos los hombres de buena voluntad, cristianos o no, en pos de la justicia y los derechos humanos, negados en el orden económico y social. El tema del compromiso social de laicos y sacerdotes está en el centro.

Parteli, como capitán de este barco, logró involucrar a toda la diócesis en el viaje. “Logró que todos nos sintiéramos importantes, teníamos un norte claro, y los medios para caminar juntos hacia allí”, cuenta Curto. “Teníamos un pastor que caminaba con nosotros, de igual a igual, buscando los mejores caminos, y que supo contagiarnos. No era su plan, era nuestro plan, hecho con participación de todos, sin ninguna distinción”.

Cuando se realiza la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en 1968, el tejido de la Iglesia uruguaya está fortalecido e integrando la renovación en sus prácticas y en su Espíritu motor. Recibe los nuevos aportes como abono para seguir creciendo en el sentido elegido.

Hacer memoria

Hacer memoria es más que recordar estos hechos como anécdotas o episodios fundantes en la historia de nuestra Iglesia. Hacer memoria implica volver a los hechos, mirarlos, ubicarlos en su contexto, para tomar de ellos la vida que aún late en ellos.

Somos parte de esa historia, de alguna forma nuestra fe es resultado de esos nombres, de esos lazos, de ese tejido que impulsó caminos nuevos. Mi experiencia de fe está ligada al testimonio de sacerdotes y laicos que vivieron esa época de fervor y lucidez, y supieron trasmitirme con coherencia y vocación ese modo de ser Iglesia. Un modo de ser Iglesia donde lo que importa es la vida, la autenticidad, el caminar con otros, el seguimiento de Jesús y el trabajo en sentido del

Reino. Una Iglesia que no puede separarse del mundo, que no puede ser cómplice de la injusticia, que aprende de los pobres y encuentra en ellos al Cristo crucificado. Una Iglesia humilde que no juzga ni condena, que no hace prevalecer los dogmas, que asume sus debilidades y busca fortalecerse con otros. Un espacio de crecimiento donde todos somos iguales, donde poder es sinónimo de servicio, instrumento del Espíritu para despertar el poder en otros, y no para dominar ni ganar prestigio.

Cada época tiene sus desafíos. Y los signos de los tiempos van cambiando, exigen de los cristianos nuevas lecturas, nuevas respuestas. Cada época tiene sus protagonistas, personas que la hacen y rehacen; sus profetas, personas visionarias que miran más allá, y se animan a arriesgar en pos de un horizonte. Parteli fue un profeta, sin duda, se dejó llevar por el Espíritu y encontró alrededor a muchos dispuestos a hacer posible lo que parecía imposible. Después soplaron otros vientos y, como Iglesia uruguaya no siempre supimos continuar este proceso de maduración. Hacer memoria de aquella historia hoy, en este contexto esperanzador con Francisco a la cabeza, significa ser capaces de preguntarnos por esta Iglesia que estamos siendo, reconocer los avances y retrocesos y, a partir de lo que somos, mirar nuestra realidad, juzgarla a la luz de la fe y ponernos en movimiento. Animarse a diseñar lo nuevo como Parteli y tantos otros. Lo nuevo que también es lo viejo, visible o invisible, escurridizo y contundente, frágil y todopoderoso, como el Espíritu mismo. Animarnos a mirar más allá, como los profetas. Aprovechar las oportunidades, desterrar los egos, mirarnos con sinceridad, juntarnos con otros, sumar lo mejor de cada uno para crear caminos nuevos.

“Si Parteli y nosotros pudimos hacer tiempo atrás; si tenemos la experiencia de integrarnos, multiplicar las fuerzas y lograr conquistas valiosas...” dice Miguel Curto. “Me viene a la cabeza una frase de Antonio Pagola donde afirma que una Iglesia que ignora la dimensión profética de Jesús y de sus seguidores corre el riesgo de quedarse sin profetas. Y dice que estamos preocupados con la escasez de sacerdotes y pedimos vocaciones, pero ¿por qué no pedimos que Dios suscite profetas? ¿No los necesitamos? ¿No sentimos la necesidad de suscitar el espíritu profético en nuestras comunidades?”

Referencias:

Arce, Richard. (2008). La recepción del Concilio Vaticano II en la arquidiócesis de Montevideo - (1965-1985). Montevideo, OBSUR- Dobleclíc editoras.

Bazzano, D; Carrere, H; Martínez, A; Vener C. (1993). Breve visión de la historia de la Iglesia en el Uruguay. Montevideo. OBSUR

Parteli, C. (2010). Parteli por Parteli. Montevideo, OBSUR- Dobleclíc editoras.

Entrevista a Miguel Curto, marzo de 2016, Montevideo.

Entrevista a Celina García: “Vida consagrada de puertas abiertas, mate pronto y mesa servida”

Por: Agustina Marques



El año pasado fue declarado por el Papa Francisco como el año de la Vida Consagrada. En su carta apostólica a todos los consagrados inaugurando el año expresa *“Que este Año de la Vida Consagrada sea también una ocasión para confesar con humildad, y a la vez con gran confianza en el Dios amor (cf. 1 Jn 4,8), la propia fragilidad, y para vivirlo como una experiencia del amor misericordioso del Señor; una ocasión para proclamar al mundo con entusiasmo y dar testimonio con gozo de la santidad y vitalidad que hay en la mayor parte de los que han sido llamados a seguir a Cristo en la vida consagrada”*. En este marco, Carta OBSUR entrevistó a Celina García, una joven uruguaya de 23 años, que recientemente comenzó la primera etapa de formación en la vida consagrada, para conocer la experiencia de alguien que elige este camino en el mundo de hoy.

Para comenzar, ¿en qué momento de tu vida y que “hitos” fueron fundantes en tu decisión?

A una semana de mi entrada en el postulante, siento la importancia de no olvidar las raíces, como dice la canción: “Volver al humus” de Eduardo Meana <https://www.youtube.com/watch?v=1EGUJdLuRZk>, volver a las raíces más profundas, esas que nos marcan, y nos hacen la personas que somos...

Desde pequeña me sentí muy unida a Jesús, soy ex alumna de un colegio católico, de las Hermanas Capuchinas y la vida de fe estuvo, de un modo u otro, siempre presente en mi hogar. Mi familia, como primera institución de socialización, también lo fue en la fe católica. De la etapa escolar

recuerdo con cariño la fiesta de la madre fundadora de la congregación de las Hermanas Capuchinas, Beata María Francisca Rubatto, todos los 9 de agosto, creo que desde que estuve en tercer año de escuela tuve la oportunidad de ir a los festejos que se hacían en el Santuario, ubicado en el colegio San José de la Providencia, en barrio Belvedere (Montevideo). Estas hermanas tienen espiritualidad franciscana, estaré siempre agradecida de haber sentido al colegio como mi segunda casa, siempre encontré allí la compañía y el cariño de docentes y amigos, pocos, de ese tiempo con quienes tengo la dicha de continuar compartiendo la vida.

De esta etapa guardo, especialmente, en mi corazón a los animadores de pastoral del colegio que supieron transmitir con profundidad los valores cristianos, tomando como modelo a San Francisco de Asís y a Beata Francisca, en ellos nos fuimos nutriendo en el deseo de salir al encuentro del otro a través de las misiones, que realizamos a lo largo de nueve años, en el mes de julio o setiembre, siendo la actividad central del año. Los lugares misionados fueron: Aigua (2006-2008), San Carlos (2009), Mendoza Grande (2010-2013), y San Jose-barrio Dota (2014).

Es así como hoy puedo decir que una experiencia fundamente en este camino de búsqueda vocacional fue el grupo de jóvenes. Acepté la invitación del equipo de pastoral para animar grupos de Infancia Misionera, así como también en dos grupos de jóvenes. Ya concluido el cursado de facultad, desde mi trabajo formal con adolescentes en un Aula Comunitaria enfrentando el desafío de que el trabajo sea también un espacio de encuentro y de búsqueda de horizontes para construir una mejor sociedad, donde a través de la obra que las Hermanas Misioneras Franciscanas del Verbo Encarnado llevan adelante en el barrio La Teja y zonas aledañas, aprendí mucho del valor del encuentro, de dar participación a la comunidad y de trabajar en conjunto con su gente.

Hoy busco estar en espacios que permitan de algún modo construir una mejor sociedad, no me veo en otro tipo de tareas que en algún espacio no toquen con este deseo personal.

Un gran hito fue conocer la Espiritualidad Ignaciana a través de: Pastoral Universitaria, Acompañamiento Espiritual, Ejercicios Espirituales, aprendí realmente a rezar y encontrarme con Dios, a ver con claridad la unión entre la fe y la vida, a reconocer mis fortalezas y debilidades, y optar por seguir a Cristo desde la vida religiosa. Como sello de todo este proceso de búsqueda, aprendizaje y encuentro llegué en Febrero de 2015 a vivir la experiencia comunitaria, apostólica y de oración que contempla el proyecto *La Storta* en el predio del Hogar La Huella, compartiendo la vida con mis compañeros de ruta, Vicky, Berto, Sofi y Nacho la IV comunidad de dicho proyecto, junto a los niños, adolescentes y educadores del hogar de INAU La Huella.

Siento hoy a La Huella como un lugar sagrado, tocado por Dios a través de Perico, quien encarnó a Cristo en esa realidad junto a un grupo fuerte de jóvenes laicos, hace ya cuarenta años, y que hoy continúa con vida, de una forma distinta, pero sin perder el centro, los niños y adolescentes que necesitan de una familia, en sentido amplio, que los ayude a crecer y transformarse en hombres y mujeres; gurises tocados por realidades duras, pero con un equipo de educadores, comisión y un grupo fuerte de voluntarios que están al firme. Hoy extraño mucho mis días por la casa, con mi comunidad, en fin, conocer este lugar en las afueras de Las Piedras, nunca antes conocido hasta febrero 2015, me amplió la mirada, me ensanchó el corazón y me dio grandes deseos de entrega y aquí estoy.

Otro hito importante en mi camino es la comunidad ZIMÉ, de Pastoral Juvenil. Todo empezó en 2006 cuando en mi colegio se crea el espacio de Pastoral Juvenil. Me integro, justo cuadró que en mi grilla de horarios, las tardecitas de los jueves estaban libres; el altillo de la capilla nuestro espacio de encuentro. Desde 2006 a 2014 fui parte de este movimiento, nos dimos a llamar comunidad Zimé, que en latín significa fermento, levadura, y así tal cual es como fuimos ahondando en Cristo a nivel grupal y personal. El grupo me ayudó a dar sentido a mi vida, poniendo como centro a Cristo, la Palabra, la luz de una vela, el mate y la vida diaria, eso era el grupo, nuestros animadores, fueron pasando varios, Horacio, Gabriela, Jorge, Ximena, Rosa, Santiago y Carlitos (a ellos por siempre mi agradecimiento). El rol de animadora tiene la misión de acercar al joven con lo trascendente en su vida, con la Palabra de Dios, a unir sus vidas y la fe. A través de esta experiencia solidifique mi identidad y me dio herramientas para moverme entre mis pares.

Puede parecer sorprendente hoy en día que gente joven opte por este camino. ¿Qué mensaje te parece que tiene para dar hoy una elección así?

Una elección así transmite que la vida consagrada sigue teniendo sentido, que es un brazo más con el que cuenta la Iglesia, que por elegir sólo a Dios en tu vida no quiere decir que no estés pleno. Lo que pasa es que vivimos en un tiempo donde parece que hay que tenerlo todo, pero perdón, estamos muy equivocados, en ningún estilo de vida lo tienes todo. Es cierto que en la vida religiosa hay que resignar muchas cosas, pero no es más ni menos que lo que debe resignar un verdadero cristiano; sea la opción que sea resigna. Creo que depende de la importancia que pongamos a lo que se deja por elegir a Dios. La cruz, el sufrimiento que conlleve la vida consagrada es pequeño frente a la alegría que se vive en el día a día, optando por lo que consideramos esencial para vivir, la oración, la vida comunitaria, el anuncio del Evangelio, y la vida toda solo para Dios que se encarna en el encuentro con el más necesitado. Para los consagrados esto es lo más grande e importante que la vida nos regala la oportunidad de vivir.

Con respecto a la vida consagrada en el mundo actual, ¿qué te parece que cambió? ¿Qué te parece que permanece? ¿Qué cambios trae la vida consagrada de los jóvenes de hoy?

Está bueno que los jóvenes que sienten curiosidad y se sienten invitados por Jesús a dar un paso en su vida y arriesgar por la vida consagrada, estaría bueno que les pasara lo que me pasó a mí al conocer a las Hijas de Jesús: Una congregación entre el mundo, que se mezcla a trabajar en distintas obras según las necesidades más urgentes. Con disponibilidad y alegría me recibían en su comunidad. Observé en ellas la cercanía y entusiasmo por acompañar las búsquedas que uno va haciendo, me sentí libre para plantear mis cuestionamientos, mi propia búsqueda. Me identifiqué plenamente con el estilo de vivir el Evangelio de las Hijas de Jesús. Siento la congregación como un espacio desde el cual construir el Reino, es un medio para llegar a Cristo.

Santa Cándida, la fundadora, fue una mujer española que dijo sí en un momento particular de la historia de España, donde había analfabetismo, donde muchas mujeres en una posición socioeconómica baja, les faltaba instrucción, donde era muy necesaria la instrucción de las niñas y el catecismo, en sus palabras deseaba "ganar muchas almas para Dios". Algo sorprendente es que ella era analfabeta y fundó una congregación que tiene como fin la educación en sentido amplio. Desde temprana edad se dedicó al servicio doméstico para ayudar a su familia, desde ese espacio cultivaba, en la medida que podía, las virtudes cristianas. Se identificó con San Ignacio, veía su estatua y decía para sí, internamente, "yo quiero hacer lo que dice esos libros", los mismos que

Ignacio sostiene entre sus manos, y son signo de los ejercicios espirituales. Los jesuitas siempre colaboraron mucho con su fundación y lo siguen haciendo hasta hoy en día. En Cándida, con su vida, “veo que nada es imposible para Dios”, Él sabe valerse de personas que como ella, se entregan de una forma única, aún siendo analfabeta, fundó una congregación que tiene como fin la educación. Cuando Dios lo quiere, lo quiere y punto, así vivió su entrega.

¿Cómo convivís con las contradicciones que existen en la institución que hoy elegís? ¿Qué papel juegan en tu elección?

La institución Iglesia como tantas otras está conformada por hombres y mujeres, y donde estamos hay contradicción, porque dentro de cada persona hay contradicción, hay dificultad, hay aciertos y errores, y a veces lamentablemente horrores, pero ¿cuál es el sentido de la Iglesia?: Cristo, bueno miremos a Cristo. Él no abandonaría su Iglesia, es el lugar que lo lleva al Padre. Si yo dejo de ir a la Iglesia, de ser parte de la congregación por las contradicciones de la institución, no estoy entendiendo bien el mensaje de Cristo, ¿acaso no estamos llamados a trascender nuestra humanidad pecadora y ver a Cristo? Bienvenido el año de la Misericordia, yo elijo a Cristo, apuesto a la Iglesia, me encanta el sentido de Iglesia y de Cristiano que nos marca el Papa Francisco y que Sturla dejó claro en su discurso de asunción, lo digo con mis palabras: construyamos una Iglesia, una comunidad, un grupo de jóvenes, de puertas abiertas, mate pronto y mesa servida.

Francisco expresó “El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy?” ¿Cuál te parece que es el rol de los consagrados y las consagradas en la sociedad actual?

Me matas con la pregunta, tengo miedo de decir algunas cosas que no estén correctas, pero creo que el rol es hacer lo que Francisco nos pide, en cada discurso, ser coherentes, expresar al mundo que la vida y la fe son cuestiones que están unidas. A los de vida activa nos toca ir a las periferias, físicas e interiores, también hay en el interior que llegar a esos lugares que nos tocan, nos duele y es necesario darle un toque cristiano a nuestra vida toda, tocar con la indiferencia, el consumismo, la soberbia, la comodidad. Retomo una frase de Aparecida, a la que siempre vuelvo cuando me siento perdida, cuando siento que quizá otras cosas valen más que este camino: “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad”.

A los consagrados de vida activa nos toca abrir nuestras comunidades y salir al encuentro, acompañar, más que sentenciar, ser alegres y saber que somos humanos, buscar ante todo la coherencia. Y rezar, no olvidarnos de escuchar lo que el Padre nos pide para el mundo que hoy construimos y muchas veces “destruimos” con nuestra propia pobreza, pero nuevamente estamos llamados a la misericordia, a abrazar eso que somos, y junto a la oración diaria y el apostolado, ir encontrando a Dios, siendo mejor persona cada día.

LLUVIA EN PRIMAVERA. Análisis de la visita del Papa Francisco a México

Por: Mtro. Alejandro Ortiz



Para comprender a fondo las implicaciones sociales y teológicas de la visita del Papa a México, divido este breve análisis en cuatro puntos que considero relevantes para explicar las repercusiones, positivas y negativas, de este importante acontecimiento.

México un mes antes de la visita

Casi con un mes de anticipación se empezó a vivir en México, pero sobre todo en las ciudades que visitaría el Papa, un ambiente de espera jubilosa por un lado, y por otro lado de una tensa "expectativa" por lo que diría o debería decir el Papa. Los gobiernos de los estados visitados gastaron millones de pesos en publicidad y en la logística de sus eventos anticipando que harían todo lo posible por aprovechar a su favor la visita del Papa Francisco. De esta manera los lugares escogidos por el Papa por ser emblemáticamente los estados y lugares más pobres (Chiapas y el municipio de Ecatepec) y los más violentados (Morelia y ciudad Juárez en Chihuahua) se convirtieron en lugares pulcros, tranquilos, limpios y muy católicos. Las instituciones que visitó Francisco y que fueron escogidas por ser símbolos de sufrimiento, corrupción y abandono a los pobres, como lo son los hospitales públicos y las cárceles mexicanas se convirtieron -milagrosamente- en lugares muy distintos (limpios, arreglados, con todos los servicios, con enfermos bien cuidados y reos bien portados) a lo que en verdad son (unos pocos días después hubo la peor revuelta en una de las cárceles de México llamada Topo Chico).

Aunque se esperaba más gente, se calcula que participaron más de diez millones de personas en todos los actos públicos.

En los análisis previos a la visita dijimos que había un cierto temor a que el Gobierno mexicano con apoyo de la conferencia episcopal (que no apoya la reforma y ministerio de Francisco) pudiera controlar la visita del Papa, cosa que sucedió. Ya que había dos temas realmente incómodos: el tema de los obispos encubridores de pederastas (que tenemos varios) y el tema de los 43 jóvenes desaparecidos de Ayotzinapa que al final fueron bien controlados. Las televisoras monopólicas como Televisa y Televisión Azteca también se dispusieron a no solo transmitir los eventos sino que los organizaron transformándolos en "espectáculos" masivos.

Los 43 de Ayotzinapa

En México un caso emblemático son los 43 jóvenes desaparecidos de Ayotzinapa. Este caso es un "ejemplo" que visibiliza y simboliza la realidad del país: jóvenes, de Guerrero, uno de los estados

más pobres y violentados del país; de una de las escuelas rurales más simbólicas del país, donde enseñó uno de los guerrilleros más famoso del país: Lucio Cabañas, ahora abandonada a su suerte por el gobierno. De la escuela rural Isidro Burgos en Ayotzinapa fueron desaparecidos estos 43 jóvenes por grupos narcotraficantes coludidos por el presidente municipal del lugar. Sus padres los buscan desde hace 17 meses pidiendo justicia. El gobierno ya dio una “explicación histórica” diciendo que fueron quemados en un basurero, situación que ha sido desmentida con datos duros por grupos de la sociedad civil. Este caso simboliza el mal gobierno que tenemos tanto por inventar una salida al problema, como por no dar una respuesta efectiva a los padres y madres de los jóvenes que simbolizan a su vez, a las familias de los 27.000 desaparecidos del país.

Se esperaba que el Papa dijera algo en torno a este caso, que recibiera a los padres y madres de los jóvenes o que hiciera un gesto en torno a esto, y se anhelaba no solo por una imaginación profética desbordada sino porque se sabía que cuando el Papa iba a visitar a Estados Unidos quería entrar desde México, no desde Cuba como resultó después, y que en nuestro país solo quería ir a tres lados a Ayotzinapa a hacer una misa, a la basílica y a ciudad Juárez. Situación real que no permitió el gobierno mexicano. De ahí la decepción que generó, no solo en los padres y madres de los 43, sino en mucha de la sociedad civil organizada, al decir nada sobre el tema, ni hacer un gesto profético, ni recibirlos personalmente.

El gobierno mexicano y sus televisoras

Es obvio decir que del 12 al 17 de febrero no había otro tema que la visita papal. El problema no solo fue la saturación sino el tratamiento que dieron los medios de comunicación a la visita. Por una parte, los medios -en su mayoría- no están acostumbrados a comentar de manera objetiva las visitas papales, ya que carecen de conocimientos teológicos, pastorales, políticos, religiosos, serios y profundos, de ahí que el tratamiento fuera sentimentalista, superficial, fortaleciendo una postura conservadora, tradicionalista, rayando en lo herético sin saberlo, al querer alabarlos sin fundamento. En su momento, las visitas de Juan Pablo II fueron muy favorables a comentarios vacíos, ahora necesitaron de expertos para interpretar los mensajes de Francisco pero siguió prevaleciendo lo cursi y melodramático. Además de esta carencia “técnica” fácilmente superable, en realidad lo que se evidenció fue el miedo de las autoridades ante algún mensaje profético, fuera de guión del papa. Hicieron todo lo posible para hacer de su visita no una visita pastoral crítica, misericordiosa, sino un espectáculo televisivo, dramático, como una gran telenovela, donde el protagonista no fue El Papa sino la primera dama, llamada popularmente “gaviota”, ya que antes de casarse con el presidente era actriz de Televisa. Fue claro que en las visitas donde la primera dama acompañó al Papa hubo lágrimas, canciones entonadas por ella misma y coros particulares, altas emociones, y niños pobres. Claro que para que el espectáculo fuera bien hecho tuvieron que limpiar los lugares donde pasaba el Papa, quitaron al México real para hacer de las calles, instituciones y estados mexicanos las nuevas locaciones de la nueva telenovela de la Gaviota. Quitaron los “feos” homeless mexicanos, tuvieron que remodelar algunos lugares y caminos, quitaron los “molestos” vendedores ambulantes no importándoles dejarlos sin obtener recursos casi una semana, todo como un set de televisión. Pobre Papa, fue presa de una telenovela.

Podemos decir entonces que pesó en esta visita, más la diplomacia como jefe de estado que lo pastoral. El Papa llegó cuando ya todo estaba negociado anteriormente por sus representantes con los propios del Estado mexicano. Se aceptaron los lugares que quería visitar, pero a costa de controlar cada uno por parte del Estado. Parecería que hasta los discursos fueron revisados antes. Tal vez no dejaron decir y hacer todo lo que el Papa quería hacer y decir a nivel social y político como en otras visitas; tal vez él no quiso generar un problema diplomático, tal vez recibió

información que lo hizo dudar, porque si bien el obispo Raúl Vera le dio un informe sobre la realidad de México (con números de desaparecidos, empobrecidos, violentados, emigrados, etc.) también le pudieron dar otros informes de las “verdades históricas” construidas por el gobierno, en fin todo es especulación. Dijo cosas buenas, pero se esperaba mucho más, tal vez no sabía el tamaño de la mafia a la que se enfrentaba. Lamentablemente, para mucha gente, con su presencia avaló (sin querer) al gobierno homicida mexicano.

Lo mejor: el respaldo a una Iglesia autóctona

En su visita a San Cristóbal de las Casas, Francisco fue a la Catedral y oró unos momentos en la tumba de Monseñor Samuel Ruiz. Este acto que no fue televisado, ni explicado por sacerdotes, expertos y comunicólogos en los medios de comunicación, sólo tuvo como compañía al obispo Raúl Vera OP, compañero de don Samuel y quien sería su relevo en esa diócesis cuando Don Samuel se jubilara, pero la iglesia de “los príncipes” mexicana no lo dejaron, quitándolo y mandándolo a Saltillo, lejos de los indígenas. Esta visita, si bien corta y poco valorada, es un signo muy importante para comprender el tipo de iglesia que busca promover el Papa Francisco. Con esta visita, el Papa está respaldando los más de cuarenta años que estuvo don Samuel de Obispo promoviendo una iglesia autóctona en Chiapas, una iglesia donde ser católico no implicara dejar la cultura originaria, dejar de ser indígena. Esta iglesia más coherente con el mensaje evangélico que con los dogmas en Roma fue criticada y atacada por sus “hermanos” obispos” durante mucho tiempo. Francisco con esta visita le da la razón, cinco años después de su muerte, a Don Samuel y su práctica episcopal.

Esta visita se refuerza por el tipo de misa, lleno de símbolos autóctonos que presidió en San Cristóbal. Con esto el Papa respaldó el sueño de don Samuel de una Iglesia indígena, de una iglesia autóctona, basta ver el báculo que usó, los cantos, la cruz, el ofertorio y otros gestos más para confirmar esta idea. Por si no bastara, en su homilía, expresó lo siguiente: *“muchas veces, de modo sistemático y estructural, vuestros pueblos han sido incomprendidos y excluidos de la sociedad. Algunos han considerado inferiores sus valores, sus culturas y sus tradiciones. Otros, mareados por el poder, el dinero y las leyes del mercado, los han despojado de sus tierras o han realizado acciones que las contaminaban. ¡Qué tristeza! Qué bien nos haría a todos hacer un examen de conciencia y aprender a decir: ¡Perdón!, perdón hermanos. El mundo de hoy, despojado por la cultura del descarte, los necesita a ustedes”*. Así es, los necesitamos.

En el aire

Como es su tradición el Papa Francisco se siente cómodo en el cielo, y es en los aviones donde dijo lo más interesante. Es verdad que en el discurso a sus hermanos obispos les repitió que dejaran de ser “príncipes”, que hablaran “cara a cara”, “como hombres”, que dejaran sus posturas cómodas y se volvieran a la gente. Es verdad, pero también es cierto que esto ya lo habíamos oído. En cambio ante preguntas expresas como por ejemplo: los 43 de Ayotzinapa y ante el tema de la pederastia habló con soltura, así como de muchos temas más. En el aire dijo que si un obispo encubre a un sacerdote pederasta debe renunciar, ese es el Francisco que muchos queríamos oír en la Catedral; también comentó que no recibió a los padres de los 43 desaparecidos porque había luchas internas, probablemente esta noticia se la dio el gobierno porque ellos han declarado que no es cierto.

Podemos concluir que la visita del Papa fue una visita muy controlada, por el miedo que tenía el gobierno ante su llegada, que la volvieron un espectáculo, pero aun así respaldó una iglesia autóctona como quería Don Samuel Ruiz y el Vaticano II. En balance general fueron días lluviosos en medio de la primavera eclesial del Papa Francisco.

FINAL ESPERANZADOR. La conclusión del diferendo LCWR-Vaticano (CDF)

Por: Pablo Dabezies



Habíamos prometido seguir hasta su solución el diferendo de la Congregación para la Doctrina de la Fe del Vaticano (CDF) con la Leadership Conference of Women Religious (LCWR) de los EE UU. Como se recordará, esta agrupa, coordina y anima al 80% de las consagradas del país, y desde el 2012 enfrentaba severos cuestionamientos de parte de la Congregación romana, así como la exigencia de cambios en su orientación, estatutos y aspectos concretos de su funcionamiento (remito para ello a las notas anteriores de 2013 y 2014, ambas en julio, y marzo del 2015).

Final con alegría y esperanza

Aunque ese final positivo para las partes sucedió hace casi un año, solo ahora doy cuenta de él porque entre tanto se fueron acumulando una serie de eventos eclesiales que reclamaron nuestra atención prioritaria. El desenlace se produjo exactamente el 16 de abril de 2015, cuando la CDF comunicó conjuntamente con la LCWR que la evaluación (assessment) de las religiosas, desde 2008, y el posterior mandato (mandate) de cambios, en 2012, habían concluido con satisfacción para todos.

Como lo traté de reflejar en mis notas anteriores, el proceso no fue fácil y conoció momentos de mucha tensión. Con la llegada de Francisco, la colaboración de las religiosas, por más que se hubieran sentido heridas por las sospechas, y los buenos oficios del cardenal brasileño Braz de Aviz, de la Congregación para los religiosos, como del secretario mons. Rodríguez Carballo, se pudo avanzar en un espíritu común de diálogo y concluir antes del tiempo previsto, ante la sorpresa de muchos observadores.

Las reacciones así lo muestran. En nombre de la CDF el cardenal Müller expresó: «Al final del proceso la Congregación confía en que la Lcwr ha aclarado su misión para sostener a sus institutos miembros y desarrollar una visión de la vida religiosa centrada en la persona de Jesucristo y arraigada en la Tradición de la Iglesia. Esta visión es la que hace que las religiosas y los religiosos sean testimonios del Evangelio y, consecuentemente, es esencial para el florecimiento de la vida religiosa en la Iglesia». Por su parte, la entonces presidenta de la LCWR, la hermana Sharon Holland, que no pudo estar en la ocasión en Roma, comentó: «Recibimos favorablemente la conclusión del mandato, después de intercambios que fueron largos y que pusieron desafíos a nuestra práctica. Mediante estos intercambios, conducidos siempre en un espíritu de oración y mutuo respeto, fuimos guiadas a una comprensión más profunda de las recíprocas experiencias,

responsabilidades, tareas y esperanzas para la Iglesia y para el pueblo que ella sirve. Aprendimos que lo que tenemos en común es mucho más grande que cualquiera de nuestras diferencias».

Abundando

Una “visión de la vida religiosa centrada en la persona de Jesucristo y arraigada en la Tradición de la Iglesia”: estas palabras del cardenal Müller resumen el contenido de lo que su dicasterio exigía a las monjas, y que fue objeto de ese diálogo no fácil pero finalmente fructuoso. Las sospechas y acusaciones que habían comenzado por parte de algunos obispos norteamericanos y luego saltado al Vaticano, ponían en duda esos dos aspectos centrales en la acción de la LCWR. Y también la presencia, según los cuestionadores, de un “feminismo radical” y decisiones contrarias a la moral de la Iglesia por la valoración de la política de salud del gobierno Obama que incluía disposiciones favorables al aborto legal.

Según el comunicado conjunto, el arzobispo Peter Sartain, de Seattle, responsable del diálogo con las religiosas junto al también arzobispo Leonard Blair de Hartford y al obispo Thomas Paprocki de Springfield, señaló: “En los últimos años, he tenido el honor de trabajar con las funcionarias de la LCWR y conocer a un gran número de sus miembros mediante la aplicación del Mandato. Nuestro trabajo incluyó la revisión de los estatutos de la LCWR, así como de sus publicaciones, programas e informes y la discusión de una amplia gama de cuestiones planteadas por la Evaluación Doctrinal, la LCWR, y los obispos delegados. La contribución de los funcionarios de la Congregación para la Doctrina de la Fe ha sido esencial para los grandes progresos realizados. Nuestro trabajo conjunto fue emprendido en un clima de amor a la Iglesia y de profundo respeto por el papel fundamental de la vida religiosa en los Estados Unidos, y el hecho mismo de ese diálogo sustantivo entre obispos y religiosas ha sido mutuamente beneficioso y una bendición del Señor. Como hemos manifestado en nuestro informe final conjunto: ‘El papel fundamental de la LCWR en el servicio a la misión y la organización de la Conferencia seguirá guiando y fortaleciendo su testimonio a la gran vocación de la vida religiosa, a su fundamento seguro en Cristo y a la comunión eclesial’. Los otros dos obispos y yo estamos agradecidos por haber tenido la oportunidad de participar en un diálogo tan fructífero”. El “Informe final conjunto” agregado al comunicado, se detiene a pormenorizar los puntos de análisis común y acuerdo final: los Estatutos de la LCWR, las Publicaciones y Programas de la misma y otra serie de aspectos más atinentes al funcionamiento y espíritu de la Conferencia. Y concluye, antes de las firmas de los tres obispos y las responsables religiosas: “Nuestro trabajo conjunto en respuesta al Mandato ha dado muchos frutos, por los que damos gracias a Dios y a la suave guía del Espíritu Santo. El hecho mismo de tan sustantivo diálogo entre obispos y religiosas ha sido una bendición que debe ser apreciada y seguirse alentando. El compromiso del liderazgo de la LCWR es con su papel crucial al servicio de la misión y la composición de la Conferencia seguirá guiando y fortaleciendo el testimonio de la LCWR con la gran vocación de la vida religiosa, con su fundamento seguro en Cristo y la comunión eclesial”.

Esa misma tarde, la delegación de monjas fue recibida por el papa, en un encuentro que parece dejar atrás definitivamente los difíciles tiempos vividos. Las religiosas comunicaron que esa audiencia “les permitió dar las gracias personalmente al papa Francisco por aportar liderazgo y una visión que cautivó nuestros corazones y nos alentó en nuestra propia misión y servicio a la iglesia”. Y por si quedara alguna duda de esta hermosa reconciliación a través del diálogo exigente y franco, en ocasión de la visita del obispo de Roma a la ciudad de Nueva York, el 24 de setiembre último, y durante la celebración de las vísperas en la catedral de Saint Patrick con los consagrados y consagradas, tuvo estas expresiones muy cálidas hacia ellas y las demás religiosas: “Quisiera, de modo especial, expresar mi admiración y mi gratitud a las religiosas de los Estados Unidos. ¿Qué

sería de la Iglesia sin ustedes? Mujeres fuertes, luchadoras; con ese espíritu de coraje que las pone en la primera línea del anuncio del Evangelio. A ustedes, religiosas, hermanas y madres de este pueblo, quiero decirles 'gracias', un 'gracias' muy grande y decirles también que las quiero mucho”.

Coda

El alivio por el desenlace no supuso dejar de lado la crítica sobre la forma que adoptó el procedimiento de evaluación. Más de una responsable de la LCWR hizo notar con sinceridad, en comentarios posteriores, que la decisión de la CDF fue tomada y se les comunicó sin ningún tipo de advertencia ni diálogo previo, en una típica actitud verticalista. Pero al mismo tiempo señalaron que sobre todo por la actitud de las mismas religiosas se fue convirtiendo en un proceso mucho más horizontal, basado en la confianza y ayudado también por la actitud de los tres obispos. Y esto más allá de los momentos de incomprensión que acumularon nubes que luego se pudieron disipar.

Termino con unas palabras de la hermana Joan Chittister, benedictina, comunicadora, teóloga y periodista: “Desde mi punto de vista, se ha purificado el aire, se ha abierto el camino, las conclusiones han sido bien tomadas. Todas nosotras, religiosas, y la misma Iglesia, navegamos en un mundo desorientado. Para nosotros, ahora, la palabra de orden debe ser: ‘Estas son nuestras hermanas en las que nos hemos complacido. Que sus esfuerzos nos lleven a todos al servicio de un mundo nuevo, con corazones nuevos y santos”.

Quienes quieran leer en detalle el Comunicado y el Informe final conjunto en español:

https://lcwr.org/sites/default/files/news/files/press_release_on_cdf_resolution_-_spanish.pdf

CONSEJO NACIONAL DE IGLESIAS CRISTIANAS DE BRASIL. Declaración en favor de la democracia y del estado de derecho

Por: CONIC



En las últimas dos semanas, hemos acompañado acontecimientos políticos que suscitan profundas reflexiones sobre el momento actual de Brasil. Valoramos positivamente que las personas acompañen y tomen posición sobre los diferentes hechos y posibilidades que afectan la política y la economía del país. Igualmente importantes son la inconformidad y la no aceptación de la corrupción. Asumimos que todas las acciones de corrupción, independientemente, de quien las practica, sean investigadas, y sus autores responsabilizados.

Sin embargo, nos sorprende la parcialidad presente en los procesos que investigan casos de corrupción. Observamos con gran preocupación el proceso de judicialización de la política y el riesgo claro que este proceso representa para la democracia brasileña. Se percibe que para ciertos juicios, no se ha observado el amplio derecho a la defensa y a la imparcialidad del enjuiciamiento - sino todo lo contrario- garantidos por la Constitución. Es necesario que sean respetados los principios de inocencia y apartados los riesgos de juicios sumarios. Pero en vez de eso, lo que hemos visto son órdenes judiciales con acciones represivas absolutamente ajenas a nuestra Constitución.

Las polarizaciones, coerciones y el uso abusivo del poder no condicen con la práctica de la justicia. Un país democrático como Brasil necesita garantizar espacios seguros de diálogo, debate de ideas y proyectos sin que los adversarios políticos sean considerados enemigos y sean aniquilados a cualquier precio.

Por apoyar y creer en la democracia, reivindicamos el respeto a los resultados electorales del 2014. Sin embargo, eso no significa no debatir el Brasil que tenemos y que queremos. Es necesario que superemos la distancia que separa lo que somos de lo que esperábamos ser. El recrudecimiento de los aparatos represivos del Estado está reescribiendo una historia que no quisiéramos ver repetirse en el país. La reciente Ley de Antiterrorismo es el ejemplo más claro de este fenómeno. La justicia no debe ser distorsionada ni debe ser usada para hacer prevalecer los intereses de los fuertes (Hechos 1, 4)

Los movimientos sociales llaman la atención y se movilizan para que la democracia se profundice por medio de la distribución de la renta y de las riquezas, ampliación de los derechos, saneamiento básico, fuentes renovables de energía, garantía de derechos de los trabajadores y trabajadoras, democratización de los medios de comunicación y de la seguridad pública eficaz y ciudadana. Esas son agendas esenciales para encaminar en los espacios representativos de la política brasileña. Intereses privados y caprichos políticos no deben colocarse por encima del bien colectivo y de las tareas urgentes para la superación de la crisis económica y social.

Exhortamos al pueblo brasileño, ante la polarización estimulada por los medios de comunicación parciales y tendenciosos, que exprese pacíficamente su opinión y posición sobre el momento político que vivimos y evite el incentivo de la práctica de cualquier tipo de violencia e ilegalidad. Necesitamos, ante todo, preservar nuestra joven democracia, el Estado de Derecho y las conquistas sociales que la sociedad brasileña alcanzó en los últimos años.

Brasilia, 11 de marzo de 2016

ESPERADO y ESPERANZADOR ABRAZO EN CUBA

Por: Pablo Dabezies



Sin duda, para los cristianos de todo el mundo, y muy en especial para católicos y ortodoxos rusos, el encuentro y abrazo del obispo de Roma, Francisco, con Kiril, el patriarca de Moscú ha sido la mayor buena noticia en mucho tiempo. Todos los observadores y analistas han subrayado el carácter histórico del acontecimiento, por lo esperado y buscado y por las consecuencias que tendrá, por más que todavía los católicos de a pie no las percibamos. Dedicamos por ello esta nota a profundizar en el hecho, de la mano de comentarios autorizados.

Larga espera, fuerte deseo

Las noticias insistieron mucho en que se trataba del primer encuentro de un obispo de Roma y un patriarca de Moscú en mil años. Como fórmula de impacto está bien, pero esconde una historia muy compleja. Aprovechamos esta oportunidad para acercarnos un poco a ella ya que en general no tenemos ocasión de hacerlo y es más lo que ignoramos que lo que sabemos.

La evangelización de Rusia se sitúa en torno al año 988 con el bautismo de Vladimir de Kiev y el pasaje de su pueblo al cristianismo, lo que no significa negar que antes de eso hubiera sido predicada ya la fe en Jesús y existieran comunidades de sus seguidores en esos inmensos territorios. La influencia y misión determinantes correspondieron a bizantinos y búlgaros, por lo que la Iglesia en Rusia estuvo desde el inicio, como se puede constatar en su liturgia, organización y arte, ligada a esas Iglesias del oriente europeo y el Asia Menor.

El cristianismo ruso, pues, nace con una fuerte marca bizantina, y cuando todavía es joven, en 1054, sigue la decisión de su Iglesia madre, Constantinopla-Bizancio, rompiendo con Roma en el llamado Gran Cisma de Oriente. En un proceso que conoce el traslado de la sede a Moscú (1325), su consolidación ante la caída de Constantinopla bajo el poder musulmán (1453; se le empieza a dar el nombre de "Tercera Roma"), se va acentuando la autonomía y en 1589 establece su autocefalía

con respecto a la sede constantinopolitana para convertirse a su vez en Patriarcado. Por tanto, habría que decir que ese desencuentro o lejanía de Moscú con respecto a Roma por un lado viene de más lejos y por otro es menos antiguo. Sin olvidar por otra parte que el metropolitano de Kiev y Moscú Isidoro, estuvo junto al papa Eugenio IV en el concilio de Florencia, y con él y los otros padres conciliares firmó con entusiasmo la Bula de unión de todas las Iglesias cristianas (1439). Pero esa decisión no fue aceptada por las comunidades de Oriente e Isidoro fue destituido y debió exiliarse.

Algunos antecedentes

Motivos políticos y culturales se fueron sumando a los teológicos y disciplinares para hacer que las relaciones Roma-Moscú no conocieran un verdadero acercamiento hasta los años 60 del siglo pasado. El gran artífice de ello fue Juan XXIII con su preocupación ecuménica, quien había tenido un conocimiento de primera mano de la ortodoxia durante su estadía en Bulgaria, Turquía (con el Patriarcado de Constantinopla) y Grecia, como representante de la Santa Sede (1925-1944). Con ocasión de la convocatoria y preparación del Vaticano II resolvió invitar observadores de las Iglesias ortodoxas. El proceso no fue fácil, más allá del aprecio recíproco que lo ligaba al patriarca Atenágoras, y finalmente fue el Patriarcado de Moscú quien envió desde el día siguiente de la inauguración del Concilio dos observadores. Lo que por otra parte creó malestar en otras Iglesias, como la Griega, que suponían que esa decisión iba a ser tomada por todas las Iglesias ortodoxas de común acuerdo. Un año antes, 1961, la Iglesia rusa había entrado a formar parte del Consejo Mundial de Iglesias.

A partir de estos intercambios cercanos se fue incrementando el deseo de encuentros personales entre las cabezas de las diferentes Iglesias. Así, Pablo VI se reunió con el patriarca Atenágoras durante su viaje a Tierra Santa en 1964, y con ello el deseo de un abrazo entre el patriarca de Moscú y el obispo de Roma fue creciendo. No hay que olvidar además, que siendo una Iglesia muy condicionada por el poder político en casi toda su historia, la rusa vivía todavía en pleno régimen soviético, aunque paradójicamente tal vez esta realidad facilitó su presencia en el concilio por el naciente interés recíproco de Juan XXIII y Kruschev. Poco a poco todos los patriarcas y primados de la ortodoxia se habían ido abrazando con el obispo de Roma, menos el de Rusia. Los tiempos tenían aún que madurar.

Juan Pablo II, por su condición de eslavo, buscó también un mayor acercamiento, pero su misma nacionalidad obstaculizó el encuentro dadas las muy conflictivas relaciones entre rusos y polacos a lo largo de la historia. Pero el elemento que ha condicionado más el camino de estas relaciones ha sido el problema conocido como "uniatismo", que ha afectado mucho el diálogo con todas las comunidades ortodoxas.

Se trata de una realidad compleja que solo esbozo. El término "Iglesias uniatas" se ha utilizado sobre todo del lado ortodoxo para designar a aquellas comunidades de Oriente que o mantuvieron su unión con Roma cuando el cisma de 1054, o sobre todo se volvieron a unir con Roma en diversos momentos. El caso más polémico fue el de la llamada "Unión de Brest-Litovsk" (1596), por la que un grupo de Iglesias de lo que hoy es Ucrania, en aquel momento bajo dominación polaca, resolvieron volver a la comunión plena con Roma, lo que provocó una reacción muy violenta de parte del recién creado Patriarcado de Moscú, del que dependían. Por otra parte, los métodos usados de modo frecuente por el Vaticano en su relación con el Oriente cristiano se orientaron en esa línea de "recuperación" de Iglesias locales, o de búsqueda de la unión como "vuelta a Roma". Lo que dejó un sedimento duro y tenaz, todavía no del todo superado, aunque el Vaticano II fue muy

claro en el rechazo de esas prácticas.

Este malentendido sigue vivo hasta el presente (por eso las reacciones negativas de católicos ucranianos ante el encuentro Kiril-Francisco, y los temores en los ortodoxos). Esas mismas comunidades católicas sufrieron una represión casi terminal por parte del régimen soviético que quiso forzarlas a reintegrarse a la Iglesia rusa, y liquidó a sus obispos y sacerdotes, requisando sus templos, ante el silencio de los ortodoxos. Por eso, cuando cayó el comunismo y los cristianos recuperaron su libertad, el antiguo problema volvió a la luz. Eso dificultó mucho los intentos de Juan Pablo II para superar ese sedimento complicado, pero en esos mismos años la Comisión Teológica Mixta Internacional (de ortodoxos y católicos romanos), en su reunión de 1993, acordó dejar de lado el “uniatismo” como camino o método hacia la unidad, pero reconocer el derecho a existir de las Iglesias designadas con ese apelativo. Eso también ha permitido que Francisco, con motivo de su encuentro con Kiril, haya afirmado de manera tajante que el término “uniata” pertenece al pasado. Todo lo cual ha sido ratificado en la Declaración Conjunta de Cuba.

Cuba

Sorprendió la elección del lugar. Según parece, ha habido dos razones, una circunstancial, otra más de fondo. La primera es la coincidencia de los viajes de ambos líderes a la zona: Kiril en visita a Cuba y Francisco a México. La segunda la expresa así el vaticanista Luigi Accattoli: “la razón más sustantiva quedó tapada por la circunstancial y fue revelada por el metropolitano Hilarión, el negociador de Kiril. Era voluntad de los rusos que el encuentro no fuera en Europa, continente de la división de la Iglesia, ya que la cita buscaba el acercamiento”. Otros observadores señalaron que también ayudó la buena relación de Raúl Castro con Francisco y con Kiril. Sus buenos oficios expliquen tal vez el hecho de que esté presente, con lugar propio, en las fotos más oficiales. Y lo mismo el agradecimiento expreso de Francisco al final, al país y al presidente, agregando además: “Si sigue así, Cuba será la capital de la unidad”.

En definitiva, se ha recordado también que en 2014, al regreso de su viaje a Estambul (la antigua Constantinopla), Francisco reveló que había llamado por teléfono a Kiril y le había dicho: “Iré adonde quieras. Llámame y yo voy”.

También ha sido señalado con distintas valoraciones que el encuentro se realizara en un aeropuerto. Seguramente motivado por el hecho de que fue un agregado de última hora a la ruta del Papa, algunos no dejaron de interpretar simbólicamente la cosa, aludiendo a imágenes que tienen que ver con el viaje, la búsqueda de la unidad como camino y también que no se tratara de un espacio con marcas muy localizadas sino abierto a la universalidad. Ese espacio casi neutro fue finalmente un buen símbolo de una llegada (mucho camino de diálogo paciente), pero al mismo tiempo de un punto de partida. Celebración de un pasaje, una Pascua.

El encuentro y la Declaración Conjunta

El encuentro de Cuba parece haber sido decidido finalmente por un motivo coyuntural que sin embargo abrió esa puerta que estaba solo entreabierta. Así lo manifestó el mismo Hilarión: “La situación actual en Medio Oriente, África del Norte, África Central y otras regiones en que extremistas llevan a cabo un verdadero genocidio de cristianos requiere medidas urgentes de cooperación entre las Iglesias”. El “ecumenismo de la sangre”, como se le llama desde hace algún tiempo.

No es necesario, creo, hacer la crónica del abrazo y las conversaciones de ambos obispos. Por expreso testimonio de ellos, la nota "fraternal" fue la más vivida y resaltada. Es bueno citar algunas de las palabras que tanto Kiril como Francisco dijeron luego de firmada la Declaración Conjunta y que han sido poco divulgadas: "Nosotros durante dos horas hemos tenido una discusión abierta, con pleno entendimiento de la responsabilidad para nuestras Iglesias, para nuestro pueblo creyente, para futuro del cristianismo y para futuro de la civilización humana. Fue una conversación con mucho contenido, que nos dio la oportunidad de entender y sentir las posiciones de uno y otro" (Kiril). "Hablamos como hermanos, tenemos el mismo Bautismo, somos obispos. Hablamos de nuestras Iglesias, y coincidimos en que la unidad se hace caminando. Hablamos claramente, sin medias palabras, y yo les confieso que he sentido la consolación del Espíritu en este diálogo. Agradezco la humildad de Su Santidad, humildad fraterna, y sus buenos deseos de unidad. Hemos salido con una serie de iniciativas que creo que son viables y se podrán realizar" (Francisco).

La Declaración, preparada con mucho cuidado y largas negociaciones, no tiene tal vez un texto demasiado valioso por lo que dice. Lo realmente histórico es su misma existencia como parte y registro de todo lo vivido ese 12 de febrero. Considerando su contenido y su lenguaje, se puede tocar la común fe de ambas Iglesias y el camino de más de medio siglo ya recorrido. Pero también un estilo para nada profético, más bien contenido y formal, condicionado por la búsqueda del consenso en algunas cuestiones difíciles (la situación en Ucrania y el posicionamiento de las diversas Iglesias allí; el aspecto más político de la crisis en Medio Oriente con la intervención rusa; algunas cuestiones ligadas a la bioética y la familia, que la Iglesia rusa quería que estuvieran presentes, etc.). Pero como decía, la mayoría de los observadores y analistas ponen el acento en lo extraordinario del acontecimiento. Y luego está esa "serie de iniciativas", de que habló Francisco y que por el momento no se conocen pero se esperan con ansia.

Mucha esperanza

Quienes en la Iglesia católica están desde hace tiempo en el diálogo con las Iglesias ortodoxas y tienen más elementos para aquilatar el encuentro, no dejan de decir que se ha superado un largo impasse y que ese camino hacia la unidad procederá desde ahora de forma más ágil, aunque no se desconozcan las dificultades. Para poder valorar mejor las consecuencias fecundas para el ecumenismo, dejo la palabra al monje Enzo Bianchi, superior del monasterio ecuménico (católico-ortodoxo) de Bose (Italia): "Lo que resulta decisivo es que el encuentro se ha realizado, y ahora nada será como antes entre las dos Iglesias. Muchos reducen este evento a un asunto de política eclesial y no alcanzan a leerlo en profundidad porque son solo expertos en diplomacia eclesiástica. Pero en verdad, y lo digo creyendo conocer bien la situación y las partes, lo que determinó el encuentro y le da su significado decisivo, es la voluntad de restablecer la comunión. Esta pasión y esta santa obsesión ya la apreciamos bien en Francisco, pero quienes conocen a Kiril saben que también él está convencido de tal camino, como auténtico discípulo del metropolitano Nikodim muerto en los brazos de Juan Pablo I en el Vaticano, en 1978, mientras le exponía la real situación de los cristianos en la URSS [...] Largo camino el que concluyó este 12 de febrero, cuyo valor, importancia y posibilidades de futuro todavía no alcanzamos a valorar [...] Es fácil sin embargo imaginar que este encuentro tendrá un peso considerable en los trabajos del próximo Sínodo pan-ortodoxo, no porque vaya a significar algún tipo de injerencia del obispo de Roma en las cuestiones internas del cristianismo de Oriente, sino como capaz de favorecer un clima de diálogo y de recíproca comprensión al interior de la misma ortodoxia. No por casualidad, el primero en alegrarse por el anuncio del encuentro fue el mismo patriarca ecuménico Bartolomeo, el 'primus inter pares' de los ortodoxos. La sencilla cordialidad que se instauró desde el primer día entre Francisco y el Patriarca

de Constantinopla, podrá ahora caracterizar también sus relaciones con el primado de la Iglesia ortodoxa con mayor número de fieles. Una vez que dos miradas se cruzan y dos corazones se hablan, es difícil que el hielo y la distancia vuelvan a hacer sentir su mordisco”.

[Quienes deseen leer el texto completo de la Declaración Conjunta y los breves discursos posteriores, la encuentran en:](#)

https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/february/documents/papa-francesco_20160212_dichiarazione-comune-kirill.html

HOMENAJE A ALFREDO ZITARROSA. Una experiencia de comunión de los santos a la uruguaya

Por: Rosa Ramos



El acontecimiento

El 10 de marzo se cumplían 80 años del nacimiento de don Alfredo Zitarrosa, uno de los máximos representantes de la cultura popular uruguaya, cuya voz sigue sonando y conmoviéndonos, aunque su partida rápida e imprevista nos dejó huérfanos de su presencia física hace muchos años.

Con muy buen tino, gratitud, y sensibilidad, desde hace meses se venía organizando un gran homenaje, con invitados de varios países donde Zitarrosa había vivido y dejado su huella, y, por supuesto, con artistas uruguayos representantes de varias generaciones y estilos musicales. Lo cual fue un gran desafío, dicho sea de paso, que culminó exitosamente.

Una mala pasada climática hizo que el homenaje se hiciera un día después, el 11 de marzo, pero en las mismas condiciones y con casi todos los artistas previstos. Quizá con la ventaja de ser viernes y en una hermosa noche estrellada. El estadio Centenario fue el lugar de la cita, y allí 30.000 personas disfrutamos de ese gran espectáculo, que fue excelente a nivel técnico y artístico, con la dirección musical de Fernando Cabrera.

Seguramente muchos de los lectores de este artículo han participado, otros se habrán quedado con mucha pena de no haber ido y quizá leyeron después los ecos. Casi cincuenta artistas aportaron su voz, su música, así como sus sentimientos. Menciono algunos con temor a olvidar a varios, claro que estuvieron los clásicos representantes del género popular: Eduardo Larbanois y Mario Carrero; Cristina Fernández y Washington Carrasco; Daniel Viglietti; Numa Moraes; Braulio López; Pepe Guerra... También de otros géneros y más jóvenes como Maia Castro, Malena Muyala, Sebastián Teyxera, Nicolás Ibarburu, Christian Cary, Juan Campodónico, Luciano Superville, Guzmán

Mendaro, Enrique Anselmo, Emiliano Brianccari... También Jorge Drexler estuvo presente. Los organizadores tuvieron en cuenta la presencia de artistas del exterior como Tania Libertad, Liliana Herrero, Lisandro Aristimugno, entre otros, más la presencia muy esperada de Joan Manuel Serrat, quien dijo en conferencia de prensa que venía y participaba más como amigo de Zitarrosa y de los uruguayos.

Cito algunas canciones que escuchamos esa noche mágica, asumiendo que olvido algunas: Mire amigo, Milonga de ojos dorados, Stefani, Pa'l que se va, Para Manolo, Qué pena, El loco Antonio, Adagio a mi país, A José Artigas, Milonga cañera, Los milicos, Si te vas, Milonga madre, Recordándote, Doña Soledad, El violín de Becho, Milonga para una niña, Coplas al compadre Juan Miguel... Candombe del olvido, con la que cerró el espectáculo.

La lectura de fe

Pero este artículo no pretende ser una reseña de lo sucedido, si no más bien una lectura desde la fe. Ya muchos conocen mi osadía de pretender leer la historia, nuestra historia, teológicamente. Lo hago convencida de ser testigo de la frecuencia con que el Espíritu de Dios pasa, sopla, y alienta. Un pasar que no es de paso, valga la rareza de la expresión, si bien no podemos aprisionar jamás la libertad de Dios. un paso a nuestro paso, una densificación de ciertos momentos, actos, procesos humanos; es paso-presencia que los realza, embellece, bendice, y deja mojones, huellas a visitar (como hacía el pueblo judío). Otra motivación que me alienta es eso que dice González Buelta, y que suelo citar: *“Los cristianos tenemos que aprender a leer lo secular, lo profano, para descubrir en el mundo la presencia del Espíritu...”* [1]

Y en este país laico, tenemos tanto para contemplar... El homenaje a Zitarrosa lo viví hondamente como uruguaya y como mujer sensible, pero además como persona creyente que cultiva la gracia de la mirada y la lectura de fe. Seguramente no he visto ni he oído más que los otros treinta mil espectadores, tampoco puedo asegurar que me haya emocionado ni gozado más. Pero sí que miraba, oía, y sentía desde varias perspectivas, y una transversal: la fe, por eso puedo decir que “recé” el espectáculo.

El comienzo y el final del homenaje, así como las canciones más emblemáticas de Zitarrosa no sólo provocaron grandes aplausos, también llevaron a encender luces. Antes, hace 3 décadas, hacíamos brillar en la noche los encendedores, ¿lo recuerdan? Ahora son celulares. Es interesante este fenómeno, cambian las formas, los medios, pero de alguna manera esa luz encendida en la noche, iluminando sonrisas y lágrimas de emoción, sea con llamita frágil de encendedores de gas baratos, o con celulares de todo pelo y marca, significa lo mismo:

- **La porfiada esperanza**, con reminiscencias paulinas, que alienta la Historia desde las muchas historias amasadas con amor y dolor. Nos recuerda también el inicio de la Gaudium et Spes.

- **“Presente”**. Con la resonancia de Isaías aceptando el desafío. (Is. 6, 8)

- **“Aquí estamos, y están todos”**. Con esa resonancia de pueblo y de comunión que trasciende fronteras espaciales y temporales, incluso las de la muerte;

- **“Sí”**. Con la carga mariana del “fiat” y con la de ese “sí” denso de Jesús en Getsemaní.

Recuerdo esas luces encendidas en los recitales de hace varias décadas, me emocionaban, pero también exaltaban, ponían eufórica... ¿sería el triunfalismo que se siente en la juventud? En cambio esa multitud de luces en el estadio inmenso, esas miles de luces encendidas en este homenaje, me alegraron mansamente, y me llenaron de ternura. Es más, preferí contemplar a encender yo mi luz. ¿Actitud sapiencial que traen los años? En todo caso era un sentimiento de gratitud, gratitud por la voz viril y la sensibilidad humana de don Alfredo Zitarrosa, gratitud por estar allí tan unidos tantos uruguayos, sintiéndonos eso, y pueblo. Y por supuesto gratitud a Dios. Mi mirada a esos fueguitos era oración.

No oculto mi orgullo -quizá raro y hasta cuestionable- de ser uruguaya. Ni oculto mi predilección por los artistas que recogen la vida del pueblo, por los poetas, porque son capaces de decir la bella y hondamente. No dejo de maravillarme al descubrir una y otra vez que se puede hacer poesía del dolor, de la injusticia, de la soledad, del amor y del desamor, de la impotencia o de la fiera lucha por la vida.

Sin ser un hombre de fe (religiosa)[2], Zitarrosa supo leer y cantar los dolores de parto de la historia, y entonces desde mi fe cristiana digo que ha sido profeta, profeta que denuncia el anti-reino que veía en el campo y en la ciudad, especialmente en la dureza de vida de los más pobres (Juan Miguel, doña Soledad, la joven Stefani, y tantos otros anónimos) Así como profeta que anuncia el reino de fraternidad que soñaba -sin saber que era "portavoz" del sueño de Dios de vida y dignidad, de vida plena y abundante para todos-.

Aunque le faltara la fe cristiana (con sus dogmas y culto), que habrá perdido en el camino vaya a saber por qué o por quiénes, como hombre estaba dotado de fe una antropológica, al decir de Juan Luis Segundo. Y yo creo leer en sus canciones una mirada pascual capaz de cantarle al dolor, de hacerlo canción y clamor colectivo, convocación y por tanto también esperanza.

Todo eso que rezuma la canción de Zitarrosa, más su voz, inconfundible e inigualable, estuvo allí presente en el homenaje: en la preparación cuidadosa de los organizadores; en cada uno que asumió el compromiso de compartir en la propia voz y sentir, la piel y la mirada del homenajeado; en cada uno de los 30 mil espectadores y en la sinergia colectiva que generó un ambiente que se percibía por todos los sentidos. Cada canción, cada acorde producido por distintos instrumentos, cada imagen que aparecía en las pantallas gigantes contribuía a ese clima de respeto y admiración al homenajeado, y unidad-comunión laica, a la uruguaya.

Un punto álgido fueron los 17 minutos del recitado de Guitarra Negra, realizado por Julio Calcagno y Malena Muyala. Allí se llegó al climax de identificación del público con el dolor del mundo, tantas veces cantado por Zitarrosa, -varón de dolores, que nos recuerda al siervo sufriente de Isaías-. Pudimos sentir no sólo el dolor humano, también en de la creación, cuando se describe el marronazo que parte la cabeza de la res en el matadero, y hace caer en tierra a cada una con los ojos abiertos a la barbarie. Haciendo la analogía con el misterio pascual que celebramos los cristianos, esos 17 minutos correspondieron al viernes santo, a esa noche que se hace a las tres de la tarde, a ese rasgarse el velo del templo. Silencio. Silencio y gargantas apretadas, silencio y corazón oprimido, casi se oía el latido agobiado de los treinta mil corazones presentes al unísono con el de Zitarrosa escribiendo esas coplas en el exilio. Dolor que no quiere ser ausencia, abstención, sino presencia comprometida y comprometedora: *"Hago falta... falta mi cara en la gráfica del Pueblo, mi voz en la consigna, en el canto, en la pasión del andar, mis piernas en la marcha, mis zapatos, hollando el polvo... los ojos míos en la contemplación del mañana..."*

Y el final... el final lo viví -siguiendo la analogía- como sábado de gloria o mañana de resurrección, como plena comunión, en el sentido que los católicos profesamos "creo en la comunión de los santos". Todos los artistas cantaron magistralmente el Candombe del Olvido. El público aplaudía de pie, no quería irse, los artistas se van, pero vuelven al escenario. No cantan otra canción, se quedan de pie escuchando ese mismo tema en la voz de Zitarrosa. En ese momento, ya no había más allá y más acá, eternidad y presente, Zitarrosa nos cantaba en ese instante. Él nos tributaba y bendecía a todos, y ese canto abrazaba a vivos y difuntos en una misteriosa unión. No era la letra lo más importante, sino la unidad, la Presencia de todos para todos. Confieso que lo viví como un estado de gracia, o experiencia religiosa, viviéndola, saboreándola y agradeciéndola simultáneamente.

Lindo haberlo vivido, para poderlo contar -como dice otro de mis poetas entrañables-.

[1] González Buelta, Benjamín. 2010. *Tiempo de crear polaridades evangélicas*. Santander (pág. 160)

[2] Cuento algo que pocos saben: Alfredo hizo de niño su catequesis y primera comunión, María Irma me contaba hace unos días que fue testigo de ese tiempo y esa primera comunión de Zitarrosa, recuerda su prolijidad, peinado, y en especial sus brillantes zapatos negros de charol, toda una producción para la ocasión.

II Congreso Continental de Teología: Una Iglesia viva

Por: Isabel Artagaveytia

Me pidieron escribir sobre el II Congreso Continental de Teología de Amerindia realizado en Octubre del año pasado. Ya pasados cuatro meses del congreso, no me voy a detener sobre los detalles de la organización, el esquema de cada día ni en lo que se habló en cada conferencia y taller. Sino que voy a hablar desde mi experiencia afectiva, aquello que hoy en día sigo atesorando en mi corazón, aquello que movió lo más hondo de mí.

En ese sentido, lo primero que destaco es la alegría, desde las primeras sonrisas que nos recibieron en el aeropuerto y la bienvenida de todos a medida que nos íbamos conociendo. Pero también durante todo el congreso, en donde se respiró una ambiente de júbilo, de alegría, de fraternidad.

Con la fraternidad me remito al siguiente punto, la humildad, ya que no puede existir la primera sin la segunda. Me sorprendió la humildad de los expositores en general, de quienes organizaban, de los sacerdotes, las religiosas y los religiosos y especialmente de las grandes figuras, "los dinosaurios", como les decían. Todos compartíamos los mismos espacios, los mismos tiempos de espera, todos con una gran disposición a compartir. Se logró percibir esa cercanía que hacía que todos nos sintiéramos parte, que todos éramos tratados con igual respeto.

Como algo personal, me llevé también la anécdota de haber conocido personalmente al fundador de la Teología de la Liberación y a otros destacados que han aportado mucho a esta corriente.

Una actividad destacada en el congreso fue la oración de la mañana. Que entre presentaciones, canciones, lectura de la Biblia y actuaciones, cada día nos transmitía un mensaje (sobre la pobreza, el medio ambiente, la situación de las mujeres, etc.) que iba resonando en nosotros y que, de algún modo, iba despertando nuestras emociones, preparando nuestro corazón para el resto del día, enfocando nuestra mirada hacia una misma dirección.

Esa mirada que fue orientada, durante todo el congreso, a la historia de nuestro pueblo, nos acercaba, nos hacía hermanos entre los que estábamos presentes, pero también con el resto de nuestra Latinoamérica y del mundo entero. Despertó en mí eso de sentirme latinoamericana (algo que en general no nos pasa a los uruguayos), ganando en respeto y valorización de las diferentes culturas.

Interioricé que la evangelización no puede ser equivalente a la imposición de una cultura, la cultura occidental, sino que la misma fe puede tener diferentes teologías, según lo que cada uno es, según las costumbres de cada pueblo. Que la teología debe ser necesariamente inductiva, donde las vivencias de fe de cada uno sea el punto de partida y no hecha desde una teoría que luego hay que forzar a aplicar, aunque no tenga sentido para el corazón de los creyentes.

Ese enfoque nos habla de una fe vivida desde ser pueblo, de una fe encarnada en el mundo, no de la fe individualista que se basa en el aislamiento para la salvación. Aprendí, entonces, que no se puede hacer teología desde un escritorio, sino que siempre debe partir desde la experiencia, por eso una teóloga debe estar siempre en contacto con la realidad y especialmente con la realidad de los pobres, de los desfavorecidos del mundo.

Por lo tanto, no puede existir tampoco una única teología válida para la Iglesia, sino que ésta debe enriquecerse de todas las teologías desarrolladas, por lo que el respeto y la tolerancia sobre las experiencias de cada uno están necesariamente por encima de las leyes escritas.

Me encontré con hombres y mujeres con mayor o menor renombre, que no solo han permanecido en la Iglesia, sino que la construyen, que mantienen el espíritu, que no se rige por reglas estrictas a cumplir sino que le hablan al corazón de cada hermana y hermano. Con hombres y mujeres que luchan por una reforma eclesial, por una organización más horizontal y menos autoritaria.

Me encontré con una Iglesia Viva, una Iglesia inclusiva, que acepta a todos por lo que son, universal, realmente católica. Una Iglesia con una clara preferencia por la opción por los pobres, la que vino a proclamar Jesús. Como lo decía el mismo lema del congreso una 'Iglesia que camina con Espíritu y desde los pobres'.

SEMANA SANTA en el año de la misericordia y en estas tierras

Por: Rosa Ramos



¿Una Semana Santa más? Al menos esta tiene una particularidad: la viviremos en el Año del Jubileo extraordinario, convocado por el papa Francisco. Les propongo reflexionar sobre qué novedad y desafíos implica ubicar la Semana Santa en este Año Santo de la Misericordia. A su vez, como todos los católicos del planeta celebramos los misterios pascuales en este jubileo, será necesario un esfuerzo de historización, contextualización y actualización, para que pueda ser para nosotros aquí, en nuestro país, un acontecimiento significativo y no meramente ritual que pasa sin dejar huellas -huellas precisamente pascuales-. En este sentido, les propongo una serie de historias nuestras, como invitación a que cada uno “contemple” los misterios de muerte y resurrección a su alrededor con entrañas de misericordia, esa que mueve a “bajar de la cruz a los crucificados”.

El sentido de un Jubileo de la Misericordia

Que nuestro mundo está herido y cansado, que poblaciones son diezmadas y hasta la tierra está siendo saqueada, lo sabemos. Lo sabe y lo sufre Francisco y luego de la Laudato Si, donde describe y analiza tanto mal y tanto dolor infringido, nos propone un Año Jubilar para recibir misericordia y para ser portadores de la misma. Pues urge ser una Iglesia toda ella hospital de campaña, samaritana, en salida para encontrarnos.

Dice la bula papal: *“Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz... (2)*

Poco después, en el nº 4, el papa quiere entroncar este Año con el espíritu del Concilio Vaticano II y cita las bellas palabras de aliento de los papas Juan XIII en la apertura, y Pablo VI en la conclusión. Más adelante va a los fundamentos bíblicos (7), cita el salmo 136 que repite: *“eterna es su misericordia”*, para luego detenerse en Jesús: *“Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En él todo habla de misericordia. Nada en él es falta de compasión”* (8).

Continúa Francisco fundamentando la importancia de la misericordia en la vida de la Iglesia, dice que es *“la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”* (10), luego de afirmar que la misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros, porque *“desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos”* (9). Un poco después nos compromete a todos, pues *“dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia”* (12).

El papa cita las situaciones álgidas que claman misericordia y nos insta a no caer en la indiferencia que humilla, en el habituarnos al mal... ni en el cinismo que destruye (15).

A partir del nº 17, Francisco plantea sugerencias para vivir esta Cuaresma, pero seguramente han leído ya la bula y comentarios a la misma.

La misericordia como categoría teológica fundamental

Jon Sobrino escribió hace más de 20 años *“El principio misericordia”*^[1], en la línea que otros autores han escrito el principio esperanza o el principio responsabilidad. Para Sobrino la misericordia es la categoría teológica fundamental para entender hoy y en estas tierras latinoamericanas el sentido de la existencia humana, y la acción que nos humaniza siguiendo el camino de Jesús de Nazaret. Parte de la urgente necesidad de *“despertar del sueño de la cruel inhumanidad”*. Relata su propio despertar en El Salvador descubriendo la existencia del pueblo crucificado. Descubrir que lleva a hacerse cargo, y como exigencia primigenia bajar de la cruz a ese pueblo crucificado.^[2]

No basta despertar del sueño dogmático, si bien es necesario, hace falta un nuevo despertar con *“ojos nuevos para ver la verdad de la realidad”*. Esa verdad es la realidad de la cruz y la muerte -la lenta y la rápida y violenta-, pero es también la verdad de los pobres que no es sólo eso, es también resistencia y esperanza. *“Ésa es la verdad más honda de nuestro mundo y ésa es la totalidad de su verdad: que es un mundo de pecado y un mundo de gracia”*. Algo que se aprende a ver desde los pobres y víctimas.

Ese despertar también implica *ojos nuevos para ver la realidad de los seres humanos*. En primer lugar para sospechar de los conceptos de hombre que manejamos y que son los del hombre moderno, occidental y europeo. Y Sobrino afronta los efectos de esta concepción: *“El ser humano occidental ha producido en buena medida un mundo infrahumano para otros en el Tercer Mundo y un mundo deshumanizante en el Primer Mundo...”*. Podríamos agregar que hemos trasladado esto al propio sur, y esa polaridad se encuentra también instalada en nuestra sociedad, en la fractura social que no nos permite revertir la desigualdad a pesar de la mejor situación económica general.

No se puede conceptualizar al ser humano en categorías abstractas (ser racional, animal simbólico, etc.), hay que historizarlo y contextualizarlo, si queremos conocer, amar y cambiar esa realidad de las víctimas o de las “no-personas” (expresión del P. Cacho, Pérez Aguirre y José Luis Rebellato,

entre otros), dando lugar a un proceso de construcción de dignidad que sólo es posible histórica, dialéctica y comunitariamente.

Jon Sobrino, afirmando la necesidad de despertar del sueño de inhumanidad, también dice que nos da *“ojos nuevos para ver la verdad de Dios”*, para descubrir su bondad concretizada en su *“parcialidad”* hacia los pobres y las víctimas de este mundo, y más aún en su impotencia. El escándalo de la cruz, mirado desde aquí, nos lleva a ver la realidad de Dios crucificado e interpretar esa impotencia como el máximo de solidaridad con las víctimas. De ahí: *“que la reacción fundamental ante este mundo de víctimas es el ejercicio consecuente de la misericordia, tal como aparece en la parábola del buen samaritano... Lo que hay que recalcar es que no se trata aquí de ‘obras de misericordia’, sino de la estructura fundamental de la reacción ante las víctimas de este mundo. Esa estructura consiste en que el sufrimiento ajeno se interioriza en uno y mueve a una reacción...”*

Contemplar hoy la pasión, muerte y resurrección entre nosotros

Me interesa dar un paso más, aterrizar estas aproximaciones teóricas a nuestra realidad. Para ello podría citar cifras, datos estadísticos del último año en nuestro país sobre pobreza, indigencia, marginación, feminicidios, trata de personas, suicidios, muertes por distintas violencias. Pero ante tantos números fríos, sin rostros y sin historias, estamos insensibilizados. Quizá algunas imágenes de situaciones indignas, tan indignas como las que enfrentó Jesús, y de las que él se compadecería hoy como ayer, nos acerquen más. Propongo algunas para que las contemplemos y recemos un via crucis nuestro y también un via lucis:

Felipe tiene 54 años, aparenta muchos más, hace changas, alquila en un otrora barrio obrero, hoy tugurizado, una pieza sin baño, comparte el baño con otros 10 vecinos y vecinas en situaciones semejantes. Esa pieza de 8 o 9 m² es dormitorio, cocina y estar, es todo. Algunas veces sus tres hijos van a visitarlo... allí conviven: *“somos pobres, nos arreglamos”*.

Vanessa tiene 23 años, ejerce la prostitución en un callejón, a pleno día, vino del interior donde dejó a sus dos niños de 4 y 2 años con su madre. Luego de algunos clientes se acerca a un quiosco, compra un refuerzo de fiambre, cigarrillos sueltos y a veces una bebida, otras veces le pide agua a una vecina del barrio. Siempre anda moviéndose por allí, no se sabe donde vive. **Carmen** también trabaja en el mismo oficio, en el mismo callejón. Tiene más de treinta años, está embarazada de unos 6 o 7 meses. No se sabe nada más de ella, pues no habla con nadie, si le hablan, gruñe. Su mirada anda perdida, alguien le provee drogas y alcohol. **Cristina** es la vecina que sufre impotente al verlas consumirse en esa dolorosa vida, ella les tiene agua en botellitas en su heladera, para al menos *“apagar su sed y que tengan a alguien que las mire con entrañas de madre”*.

Luisito, John, y Anita son los hijos de una pareja que llega a una esquina con bidones de agua en un carro, allí ofrecen sus servicios de *“lavado de autos”*. A ratos ayudan a sus padres y a ratos juegan en la tierra, barro, o pastizales, a ratos se pelan, lloran, dicen que tienen hambre, o se acercan a alguien en la parada y le piden una moneda. Esta familia pasa hasta altas horas de la noche lavando coches con la misma agua que cargaron en su carro quién sabe desde dónde.

Coca acaba de enviudar del segundo marido, con el que vivió muchos años y tuvo cuatro hijos. *“Creo en Dios y en la Virgen, pero no voy a la Iglesia porque no estoy casada, pero mire que bauticé”*

a todos mis hijos". Coca llegó al barrio ya con tres hijos chicos, había huido de la penuria en la frontera y de la violencia doméstica de su primer marido. *"Una aguanta por los hijos, hasta que un día ve que o se anima o la matan"*.

Don Juan se suicidó el año pasado, con 84 años, vivía solo en un rancho de lata, se lo veía siempre sentado afuera, invierno y verano, una vecina le llevaba la comida cada día. Uno de esos días no lo vio afuera, pensó que estaría enfermo. Lo encontró muerto sobre la cama con el revólver en la mano. Dijo doña **María Irma**, la vecina: *"no sé cómo se animó, pero, pobre, dejó de sufrir, no tenía a nadie y estaba viejito"*.

Ya en las historias de pasión y muerte se ven algunas luces de dignidad y misericordia. De las buenas noticias no hay siquiera estadísticas, pero permítanme que les cuente algunas *"pequeñas historias, que como el amor permanecen"* (eso dice una canción que canta Nana Mouskouri, también lo dijo San Pablo):

Vicente y Ramón son hermanos cincuentones, viven en dos casitas construidas por ellos en el mismo terreno, trabajan en la construcción, y con ellos también los hijos mayores. Ya son abuelos. Es lindo verlos tomar mate a la tardecita, conversar y reír, con sus esposas, y rodeados *"de un enjambre de negritos"* -diría el Sabalero-. Son muchos y viven en armonía, se quieren mucho, *"hacemos la vista gorda"* cuando hay alguna diferencia y *"seguimos pa'delante"*. Algunos van a la parroquia, otros al templo evangélico, *"todos creemos en el mismo Dios"*, dicen convencidos.

Sandra es profesional y tiene un trabajo de mucha responsabilidad, además de ser esposa, madre, catequista... pero también viaja dos veces a la semana a la madrugada hasta Rocha -y vuelve antes del mediodía directo al trabajo-, para ocuparse de sus tías ancianas y solas. Por todos se desvive, pero si le digo *"cuidate, descansa"*, responde: *"a esta vida venimos para cansarnos por los demás"*.

Esteban lee mucho, escucha mucha radio, le gusta discutir temas políticos y de actualidad con sus padres y amigos, aunque muchos no se burlan de su *"fanatismo por el estudio"*. Quiere ser periodista y politólogo. **Ana** su novia, estudia economía, también quiere *"cambiar el mundo, así no es justo"*. Los padres de ambos fueron compañeros de liceo, son amigos de toda la vida, se miran orgullosos y esperanzados, creen en sus hijos y sus proyectos.

Efrat y su marido trabajan mucho, tienen tres hijos varones adolescentes, pelean la vida y el peso cada día y cada noche -ella trabaja 12 hs, de 18 a 6, pues así gana un poco más-, y hasta hacen el milagro de *"ahorrar para comprar la casita"*. Distintas miradas dirían que son luchadores, antiguos guerreros, o personas resilientes. Yo diría que son signo claro de la resurrección que avanza, palmo a palmo, en conquistas cotidianas.

Stefanía con 24 años, es abogada vocacional, inteligente y sensible, luego de cuatro meses haciendo una pasantía en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, regresó a Montevideo y renunció a su trabajo en un renombrado estudio. Va a dedicarse a profundizar en lo que le importa: Derecho Constitucional y Derechos Humanos.

Marisa e Isabel son amigas, viven juntas desde que ambas enviudaron y los hijos han formado sus familias, *"así compartimos los gastos"*, juntas han luchado como obreras y como sindicalistas en la misma fábrica. Ya están jubiladas y ahora se dedican a pleno a las actividades de la parroquia: catequesis, canasta social, visita a los enfermos y necesitados. *"Somos felices haciéndolo, y además es lo que Jesús nos pide, ¿verdad? Y también el papa Francisco nos anima a salir y salir más en este"*

año de la Misericordia”.

Claro que sí, y muchas de las personas que hemos nombrado, y tantas que conocemos, son y obran como ese “oasis de misericordia” que propone el papa. Esta es la invitación para nuestra Semana Santa, convertirnos en oasis con agua fresca y sombra para cuantos atraviesan duros desiertos. La cruz de Jesús solo se entiende desde el exceso de amor que se entrega. Ahí nace su sentido y su valor salvífico que alcanza a toda la humanidad, ayer, hoy, y siempre. Un sentido que no nos deja pasivos o al margen, nos involucra. Pues Jesús, a quien seguimos, *“pasó haciendo el bien”*.

Celebrar la esperanza

Tiene sentido también hoy y aquí celebrar la esperanza, pero una esperanza bien fundada y activa, como la de estos uruguayos, y muchos más, que viven sus historias de resistencia y solidaridad entre nosotros. Es lo que nos propone Jon Sobrino: *“Lo que afirma ésta (fe cristiana) es que Dios hará justicia definitiva a las víctimas y, por extensión, a quienes se hayan identificado con ellas. Esta es una esperanza activa, que desencadena creatividad en todos los niveles de la existencia humana, ingente generosidad, gran entrega -heroica y martirial muchas veces-, creatividad intelectual, organizativa, eclesial...”*

Celebrar una vez más, en este 2016, la resurrección de Jesús, no debe ser un mero ritual desencarnado y descontextualizado, celebrar será apostar y comprometernos con todas nuestras capacidades y recursos con las víctimas, con los crucificados, y con cuántos -sean cristianos o no- asumen su causa, siempre a favor de la vida y en contra de lo que genera muerte.

Sólo así la alegría pascual será auténticamente cristiana, pues se hará eco de la acción redentora y vivificadora de Dios en la historia. Entonces también hoy entre nosotros tendrá sentido celebrar la esperanza que brota de la cruz de Jesús. *¡Felices Pascuas de Resurrección!*

[1] Jon Sobrino. El principio misericordia. 1ª edición 1992. Sal Terrae (hay otras y también reimpresiones)

[2] Véase también José Laguna: “Hacerse cargo, cargar, y encargarse de la realidad: hoja de ruta samaritana para otro mundo posible”. Cristianismo y Justicia. Cuaderno 172, 2001.

EVANGELIO DOMINICAL (marzo-abril)

Por: Antonio Pagola



Domingo de Ramos (C) Lucas 22, 7.14-23,56

ANTE EL CRUCIFICADO

Detenido por las fuerzas de seguridad del Templo, Jesús no tiene ya duda alguna: el Padre no ha escuchado sus deseos de seguir viviendo; sus discípulos huyen buscando su propia seguridad. Está solo. Sus proyectos se desvanecen. Le espera la ejecución.

El silencio de Jesús durante sus últimas horas es sobrecogedor. Sin embargo, los evangelistas han recogido algunas palabras suyas en la cruz. Son muy breves, pero a las primeras generaciones cristianas les ayudaban a recordar con amor y agradecimiento a Jesús crucificado.

Lucas ha recogido las que dice mientras está siendo crucificado. Entre estremecimientos y gritos de dolor, logra pronunciar unas palabras que descubren lo que hay en su corazón: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Así es Jesús. Ha pedido a los suyos "amar a sus enemigos" y "rogar por sus perseguidores". Ahora es él mismo quien muere perdonando. Convierte su crucifixión en perdón.

Esta petición al Padre por los que lo están crucificando es, ante todo, un gesto sublime de compasión y de confianza en el perdón insondable de Dios. Esta es la gran herencia de Jesús a la Humanidad: No desconfiéis nunca de Dios. Su misericordia no tiene fin.

Marcos recoge un grito dramático del crucificado: "¡Dios mío. Dios mío! ¿por qué me has abandonado?". Estas palabras pronunciadas en medio de la soledad y el abandono más total, son de

una sinceridad abrumadora. Jesús siente que su Padre querido lo está abandonando. ¿Por qué? Jesús se queja de su silencio. ¿Dónde está? ¿Por qué se calla?

Este grito de Jesús, identificado con todas las víctimas de la historia, pidiendo a Dios alguna explicación a tanta injusticia, abandono y sufrimiento, queda en labios del crucificado reclamando una respuesta de Dios más allá de la muerte: Dios nuestro, ¿por qué nos abandonas? ¿no vas a responder nunca a los gritos y quejidos de los inocentes?

Lucas recoge una última palabra de Jesús. A pesar de su angustia mortal, Jesús mantiene hasta el final su confianza en el Padre. Sus palabras son ahora casi un susurro: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Nada ni nadie lo ha podido separar de él. El Padre ha estado animando con su espíritu toda su vida. Terminada su misión, Jesús lo deja todo en sus manos. El Padre romperá su silencio y lo resucitará.

Esta semana santa, vamos a celebrar en nuestras comunidades cristianas la Pasión y la Muerte del Señor. También podremos meditar en silencio ante Jesús crucificado ahondando en las palabras que él mismo pronunció durante su agonía.

Viernes Santo (C), Juan 18, 1-19,42

¿QUÉ HACE DIOS EN UNA CRUZ?

Según el relato evangélico (no el de Juan), los que pasaban ante Jesús crucificado sobre la colina del Gólgota se burlaban de él y, riéndose de su impotencia, le decían: «Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz». Jesús no responde a la provocación. Su respuesta es un silencio cargado de misterio. Precisamente porque es Hijo de Dios permanecerá en la cruz hasta su muerte.

Las preguntas son inevitables: ¿Cómo es posible creer en un Dios crucificado por los hombres? ¿Nos damos cuenta de lo que estamos diciendo? ¿Qué hace Dios en una cruz? ¿Cómo puede subsistir una religión fundada en una concepción tan absurda de Dios?

Un "Dios crucificado" constituye una revolución y un escándalo que nos obliga a cuestionar todas las ideas que los humanos nos hacemos de un Dios al que supuestamente conocemos. El Crucificado no tiene el rostro ni los rasgos que las religiones atribuyen al Ser Supremo.

El "Dios crucificado" no es un ser omnipotente y majestuoso, inmutable y feliz, ajeno al sufrimiento de los humanos, sino un Dios impotente y humillado que sufre con nosotros el dolor, la angustia y hasta la misma muerte. Con la Cruz, o termina nuestra fe en Dios, o nos abrimos a una comprensión nueva y sorprendente de un Dios que, encarnado en nuestro sufrimiento, nos ama de manera increíble.

Ante el Crucificado empezamos a intuir que Dios, en su último misterio, es alguien que sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento le salpica. No existe un Dios cuya vida transcurre, por decirlo así, al margen de nuestras penas, lágrimas y desgracias. Él está en todos los Calvarios de nuestro mundo.

Este "Dios crucificado" no permite una fe egoísta en un Dios omnipotente al servicio de nuestros caprichos y pretensiones. Este Dios nos pone mirando hacia el sufrimiento, el abandono y el desamparo de tantas víctimas de la injusticia y de las desgracias. Con este Dios nos encontramos cuando nos acercamos al sufrimiento de cualquier crucificado.

Los cristianos seguimos dando toda clase de rodeos para no toparnos con el “Dios crucificado”. Hemos aprendido, incluso, a levantar nuestra mirada hacia la Cruz del Señor, desviándola de los crucificados que están ante nuestros ojos. Sin embargo, la manera más auténtica de celebrar la Pasión del Señor es reavivar nuestra compasión. Que nuestro beso al Crucificado nos ponga siempre mirando hacia quienes, cerca o lejos de nosotros, viven sufriendo.

Vigilia Pascual (C), Lucas 24, 1-12

NO ESTÁ ENTRE LOS MUERTOS

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado». Según Lucas, éste es el mensaje que escuchan las mujeres en el sepulcro de Jesús. Sin duda, el mensaje que hemos de escuchar también hoy sus seguidores. ¿Por qué buscamos a Jesús en el mundo de la muerte? ¿Por qué cometemos siempre el mismo error?

¿Por qué buscamos a Jesús en tradiciones muertas, en fórmulas anacrónicas o en citas gastadas? ¿Cómo nos encontraremos con él, si no alimentamos el contacto vivo con su persona, si no captamos bien su intención de fondo y nos identificamos con su proyecto de una vida más digna y justa para todos?

¿Cómo nos encontraremos con «el que vive», ahogando entre nosotros la vida, apagando la creatividad, alimentando el pasado, autocensurando nuestra fuerza evangelizadora, suprimiendo la alegría entre los seguidores de Jesús?

¿Cómo vamos a acoger su saludo de «Paz a vosotros», si vivimos descalificándonos unos a otros? ¿Cómo vamos a sentir la alegría del resucitado, si estamos introduciendo miedo en la Iglesia? Y, ¿cómo nos vamos a liberar de tantos miedos, si nuestro miedo principal es encontrarnos con el Jesús vivo y concreto que nos transmiten los evangelios?

¿Cómo contagiaremos fe en Jesús vivo, si no sentimos nunca «arder nuestro corazón», como los discípulos de Emaús? ¿Cómo le seguiremos de cerca, si hemos olvidado la experiencia de reconocerlo vivo en medio de nosotros, cuando nos reunimos en su nombre?

¿Dónde lo vamos a encontrar hoy, en este mundo injusto e insensible al sufrimiento ajeno, si no lo queremos ver en los pequeños, los humillados y crucificados? ¿Dónde vamos a escuchar su llamada, si nos tapamos los oídos para no oír los gritos de los que sufren cerca o lejos de nosotros?

Cuando María Magdalena y sus compañeras contaron a los apóstoles el mensaje que habían escuchado en el sepulcro, ellos «no las creyeron». Éste es también hoy nuestro riesgo: no escuchar a quienes siguen a un Jesús vivo.

Domingo de Resurrección (C), Juan 20, 1-9

ENCONTRARNOS CON EL RESUCITADO

Según el relato de Juan, María de Magdala es la primera que va al sepulcro, cuando todavía está oscuro, y descubre desconsolada que está vacío. Le falta Jesús. El Maestro que la había comprendido y curado. El Profeta al que había seguido fielmente hasta el final. ¿A quién seguirá ahora? Así se lamenta ante los discípulos: *“Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”*.

Estas palabras de María podrían expresar la experiencia que viven hoy no pocos cristianos: ¿Qué hemos hecho de Jesús resucitado? ¿Quién se lo ha llevado? ¿Dónde lo hemos puesto? El Señor en quien creemos, ¿es un Cristo lleno de vida o un Cristo cuyo recuerdo se va apagando poco a poco en los corazones?

Es un error que busquemos “pruebas” para creer con más firmeza. No basta acudir al magisterio de la Iglesia. Es inútil indagar en las exposiciones de los teólogos. Para encontrarnos con el Resucitado es necesario, ante todo, hacer un recorrido interior. Si no lo encontramos dentro de nosotros, no lo encontraremos en ninguna parte.

Juan describe, un poco más tarde, a María corriendo de una parte a otra para buscar alguna información. Y, cuando ve a Jesús, cegada por el dolor y las lágrimas, no logra reconocerlo. Piensa que es el encargado del huerto. Jesús solo le hace una pregunta: *“Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?”*.

Tal vez hemos de preguntarnos también nosotros algo semejante. ¿Por qué nuestra fe es a veces tan triste? ¿Cuál es la causa última de esa falta de alegría entre nosotros? ¿Qué buscamos los cristianos de hoy? ¿Qué añoramos? ¿Andamos buscando a un Jesús al que necesitamos sentir lleno de vida en nuestras comunidades?

Según el relato, Jesús está hablando con María, pero ella no sabe que es Jesús. Es entonces cuando Jesús la llama por su nombre, con la misma ternura que ponía en su voz cuando caminaban por Galilea: *“¡María!”*. Ella se vuelve rápida: *“Rabbuní, Maestro”*.

María se encuentra con el Resucitado cuando se siente llamada personalmente por él. Es así. Jesús se nos muestra lleno de vida, cuando nos sentimos llamados por nuestro propio nombre, y escuchamos la invitación que nos hace a cada uno. Es entonces cuando nuestra fe crece.

No reavivaremos nuestra fe en Cristo resucitado alimentándola solo desde fuera. No nos encontraremos con él, si no buscamos el contacto vivo con su persona. Probablemente, es el amor a Jesús conocido por los evangelios y buscado personalmente en el fondo de nuestro corazón, el que mejor puede conducirnos al encuentro con el Resucitado.

Domingo 2 de Pascua (C), Juan 20, 19-31

NO SEAS INCRÉDULO SINO CREYENTE

La figura de Tomás como discípulo que se resiste a creer ha sido muy popular entre los cristianos. Sin embargo, el relato evangélico dice mucho más de este discípulo escéptico. Jesús resucitado se dirige a él con unas palabras que tienen mucho de llamada apremiante, pero también de invitación amorosa: «No seas incrédulo, sino creyente». Tomás, que lleva una semana resistiéndose a creer, responde a Jesús con la confesión de fe más solemne que podemos leer en los evangelios: «Señor mío y Dios mío».

¿Qué ha experimentado este discípulo en Jesús resucitado? ¿Qué es lo que ha transformado al hombre hasta entonces dubitativo y vacilante? ¿Qué recorrido interior lo ha llevado del escepticismo hasta la confianza? Lo sorprendente es que, según el relato, Tomás renuncia a verificar la verdad de la resurrección tocando las heridas de Jesús. Lo que le abre a la fe es Jesús mismo con su invitación.

A lo largo de estos años, hemos cambiado mucho por dentro. Nos hemos hecho más escépticos, pero también más frágiles. Nos hemos hecho más críticos, pero también más inseguros. Cada uno hemos de decidir cómo queremos vivir y cómo queremos morir. Cada uno hemos de responder a esa llamada que, tarde o temprano, de forma inesperada o como fruto de un proceso interior, nos puede llegar de Jesús: «No seas incrédulo, sino creyente».

Tal vez, necesitamos despertar más nuestro deseo de verdad. Desarrollar esa sensibilidad interior que todos tenemos para percibir, más allá de lo visible y lo tangible, la presencia del Misterio que sostiene nuestras vidas. Ya no es posible vivir como personas que lo saben todo. No es verdad. Todos, creyentes y no creyentes, ateos y agnósticos, caminamos por la vida envueltos en tinieblas. Como dice Pablo de Tarso, a Dios lo buscamos «a tientas».

¿Por qué no enfrentarnos al misterio de la vida y de la muerte confiando en el Amor como última Realidad de todo? Ésta es la invitación decisiva de Jesús. Más de un creyente siente hoy que su fe se ha ido convirtiendo en algo cada vez más irreal y menos fundamentado. No lo sé. Tal vez, ahora que no podemos ya apoyar nuestra fe en falsas seguridades, estamos aprendiendo a buscar a Dios con un corazón más humilde y sincero.

No hemos de olvidar que una persona que busca y desea sinceramente creer, para Dios es ya creyente. Muchas veces, no es posible hacer mucho más. Y Dios, que comprende nuestra impotencia y debilidad, tiene sus caminos para encontrarse con cada uno y ofrecerle su salvación.

3 Pascua (C), Juan 21, 1-19

SIN JESÚS NO ES POSIBLE

El encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos junto al lago de Galilea está descrito con clara intención catequética. En el relato subyace el simbolismo central de la pesca en medio de mar. Su mensaje no puede ser más actual para los cristianos: sólo la presencia de Jesús resucitado puede dar eficacia al trabajo evangelizador de sus discípulos.

El relato nos describe, en primer lugar, el trabajo que los discípulos llevan a cabo en la oscuridad de la noche. Todo comienza con una decisión de Simón Pedro: «Me voy a pescar». Los demás discípulos se adhieren a él: «También nosotros nos vamos contigo». Están de nuevo juntos, pero falta Jesús. Salen a pescar, pero no se embarcan escuchando su llamada, sino siguiendo la iniciativa de Simón Pedro

El narrador deja claro que este trabajo se realiza de noche y resulta infructuoso: «aquella noche no cogieron nada». La «noche» significa en el lenguaje del evangelista la ausencia de Jesús que es la Luz. Sin la presencia de Jesús resucitado, sin su aliento y su palabra orientadora, no hay evangelización fecunda.

Con la llegada del amanecer, se hace presente Jesús. Desde la orilla, se comunica con los suyos por medio de su Palabra. Los discípulos no saben que es Jesús. Sólo lo reconocerán cuando, siguiendo dócilmente sus indicaciones, logren una captura sorprendente. Aquello sólo se puede deber a Jesús, el Profeta que un día los llamó a ser “pescadores de hombres”.

La situación de no pocas parroquias y comunidades cristianas es crítica. Las fuerzas disminuyen. Los cristianos más comprometidos se multiplican para abarcar toda clase de tareas: siempre los mismos y los mismos para todo. ¿Hemos de seguir intensificando nuestros esfuerzos y buscando el

rendimiento a cualquier precio, o hemos de detenernos a cuidar mejor la presencia viva del Resucitado en nuestro trabajo?

Para difundir la Buena Noticia de Jesús y colaborar eficazmente en su proyecto, lo más importante no es “hacer muchas cosas”, sino cuidar mejor la calidad humana y evangélica de lo que hacemos. Lo decisivo no es el activismo sino el testimonio de vida que podamos irradiar los cristianos.

No podemos quedarnos en la “epidermis de la fe”. Son momentos de cuidar, antes que nada, lo esencial. Llenamos nuestras comunidades de palabras, textos y escritos, pero lo decisivo es que, entre nosotros, se escuche a Jesús. Hacemos muchas reuniones, pero la más importante es la que nos congrega cada domingo para celebrar la Cena del Señor. Sólo en él se alimenta nuestra fuerza evangelizadora.

4 Pascua (C), Juan 10, 27-30

ESCUCHAR SU VOZ Y SEGUIR SUS PASOS

La escena es tensa y conflictiva. Jesús está paseando dentro del recinto del templo. De pronto, un grupo de judíos lo rodea acosándolo con aire amenazador. Jesús no se intimida, sino que les reprocha abiertamente su falta de fe: «Vosotros no creéis porque no sois ovejas mías». El evangelista dice que, al terminar de hablar, los judíos tomaron piedras para apedrearlo.

Para probar que no son ovejas suyas, Jesús se atreve a explicarles qué significa ser de los suyos. Sólo subraya dos rasgos, los más esenciales e imprescindibles: «Mis ovejas escuchan mi voz... y me siguen». Después de veinte siglos, los cristianos necesitamos recordar de nuevo que lo esencial para ser la Iglesia de Jesús es escuchar su voz y seguir sus pasos.

Lo primero es despertar la capacidad de escuchar a Jesús. Desarrollar mucho más en nuestras comunidades esa sensibilidad, que está viva en muchos cristianos sencillos que saben captar la Palabra que viene de Jesús en toda su frescura y sintonizar con su Buena Noticia de Dios. Juan XXIII dijo en una ocasión que “la Iglesia es como una vieja fuente de pueblo de cuyo grifo ha de correr siempre agua fresca”. En esta Iglesia vieja de veinte siglos hemos de hacer correr el agua fresca de Jesús.

Si no queremos que nuestra fe se vaya diluyendo progresivamente en formas decadentes de religiosidad superficial, en medio de una sociedad que invade nuestras conciencias con mensajes, consignas, imágenes, comunicados y reclamos de todo género, hemos de aprender a poner en el centro de nuestras comunidades la Palabra viva, concreta e inconfundible de Jesús, nuestro único Señor.

Pero no basta escuchar su voz. Es necesario seguir a Jesús. Ha llegado el momento de decidarnos entre contentarnos con una “religión burguesa” que tranquiliza las conciencias pero ahoga nuestra alegría, o aprender a vivir la fe cristiana como una aventura apasionante de seguir a Jesús.

La aventura consiste en creer lo que él creyó, dar importancia a lo que él dio, defender la causa del ser humano como él la defendió, acercarnos a los indefensos y desvalidos como él se acercó, ser libres para hacer el bien como él, confiar en el Padre como él confió y enfrentarnos a la vida y a la muerte con la esperanza con que él se enfrentó.

Si quienes viven perdidos, solos o desorientados, pueden encontrar en la comunidad cristiana un

lugar donde se aprende a vivir juntos de manera más digna, solidaria y liberada siguiendo a Jesús, la Iglesia estará ofreciendo a la sociedad uno de sus mejores servicios.

5 Pascua (C), Juan 13,31-33a.34-35

AMISTAD DENTRO DE LA IGLESIA

Es la víspera de su ejecución. Jesús está celebrando la última cena con los suyos. Acaba de lavar los pies a sus discípulos. Judas ha tomado ya su trágica decisión, y después de tomar el último bocado de manos de Jesús, se ha marchado a hacer su trabajo. Jesús dice en voz alta lo que todos están sintiendo: "Hijos míos, me queda ya poco de estar con vosotros".

Les habla con ternura. Quiere que queden grabados en su corazón sus últimos gestos y palabras: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por la que os conocerán todos que sois mis discípulos será que os amáis unos a otros". Este es el testamento de Jesús.

Jesús habla de un "mandamiento nuevo". ¿Dónde está la novedad? La consigna de amar al prójimo está ya presente en la tradición bíblica. También filósofos diversos hablan de filantropía y de amor a todo ser humano. La novedad está en la forma de amar propia de Jesús: "amaos como yo os he amado". Así se irá difundiendo a través de sus seguidores su estilo de amar.

Lo primero que los discípulos han experimentado es que Jesús los ha amado como a amigos: "No os llamo siervos... a vosotros os he llamado amigos". En la Iglesia nos hemos de querer sencillamente como amigos y amigas. Y entre amigos se cuida la igualdad, la cercanía y el apoyo mutuo. Nadie está por encima de nadie. Ningún amigo es señor de sus amigos.

Por eso, Jesús corta de raíz las ambiciones de sus discípulos cuando los ve discutiendo por ser los primeros. La búsqueda de protagonismos interesados rompe la amistad y la comunión. Jesús les recuerda su estilo: "no he venido a ser servido sino a servir". Entre amigos nadie se ha de imponer. Todos han de estar dispuestos a servir y colaborar.

Esta amistad vivida por los seguidores de Jesús no genera una comunidad cerrada. Al contrario, el clima cordial y amable que se vive entre ellos los dispone a acoger a quienes necesitan acogida y amistad. Jesús les ha enseñado a comer con pecadores y gentes excluidas y despreciadas. Les ha reñido por apartar a los niños. En la comunidad de Jesús no estorban los pequeños sino los grandes.

Un día, el mismo Jesús que señaló a Pedro como "Roca" para construir su Iglesia, llamó a los Doce, puso a un niño en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: "El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí". En la Iglesia querida por Jesús, los más pequeños, frágiles y vulnerables han de estar en el centro de la atención y los cuidados de todos.

6 Pascua (C), Juan 14, 23-29

LA PAZ EN LA IGLESIA

En el evangelio de Juan podemos leer un conjunto de discursos en los que Jesús se va despidiendo de sus discípulos. Los comentaristas lo llaman "El Discurso de despedida". En él se respira una atmósfera muy especial: los discípulos tienen miedo a quedarse sin su Maestro; Jesús, por su parte, les insiste en que, a pesar de su partida, nunca sentirán su ausencia.

Hasta cinco veces les repite que podrán contar con «el Espíritu Santo». Él los defenderá, pues los mantendrá fieles a su mensaje y a su proyecto. Por eso lo llama «Espíritu de la verdad». En un momento determinado, Jesús les explica mejor cuál será su quehacer: «El Defensor, el Espíritu Santo... será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho». Este Espíritu será la memoria viva de Jesús.

El horizonte que ofrece a sus discípulos es grandioso. De Jesús nacerá un gran movimiento espiritual de discípulos y discípulas que le seguirán defendidos por el Espíritu Santo. Se mantendrán en su verdad, pues ese Espíritu les irá enseñando todo lo que Jesús les ha ido comunicando por los caminos de Galilea. Él los defenderá en el futuro de la turbación y de la cobardía.

Jesús desea que capten bien lo que significará para ellos el Espíritu de la verdad y Defensor de su comunidad: «Os estoy dejando la paz; os estoy dando la paz». No sólo les desea la paz. Les regala su paz. Si viven guiados por el Espíritu, recordando y guardando sus palabras, conocerán la paz.

No es una paz cualquiera. Es su paz. Por eso les dice: «No os la doy yo como la da el mundo». La paz de Jesús no se construye con estrategias inspiradas en la mentira o en la injusticia, sino actuando con el Espíritu de la verdad. Han de reafirmarse en él: «Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde».

En estos tiempos difíciles de desprestigio y turbación que estamos sufriendo en la Iglesia, sería un grave error pretender ahora defender nuestra credibilidad y autoridad moral actuando sin el Espíritu de la verdad prometido por Jesús. El miedo seguirá penetrando en el cristianismo si buscamos asentar nuestra seguridad y nuestra paz alejándonos del camino trazado por él.

Cuando en la Iglesia se pierde la paz, no es posible recuperarla de cualquier manera ni sirve cualquier estrategia. Con el corazón lleno de resentimiento y ceguera no es posible introducir la paz de Jesús. Es necesario convertirnos humildemente a su verdad, movilizar todas nuestras fuerzas para desandar caminos equivocados, y dejarnos guiar por el Espíritu que animó la vida entera de Jesús.

Ascensión (C), Lucas 24, 46-53

EL ARTE DE BENDECIR

Según el sugestivo relato de Lucas, Jesús vuelve a su Padre «bendiciendo» a sus discípulos. Es su último gesto. Jesús deja tras de sí su bendición. Los discípulos responden al gesto de Jesús marchando al templo llenos de alegría. Y estaban allí «*bendiciendo*» a Dios.

La bendición es una práctica enraizada en casi todas las culturas como el deseo máximo que podemos despertar en nosotros. El judaísmo, el islam y el cristianismo le han dado siempre una gran importancia. Y, aunque en nuestros días ha quedado reducida a un ritual casi en desuso, no son pocos los que subrayan su hondo contenido y la necesidad de recuperarla.

Bendecir es, antes que nada, desear el bien a las personas que vamos encontrando en nuestro camino. Querer el bien de manera incondicional y sin reservas. Querer la salud, el bienestar, la alegría., todo lo que puede ayudarles a vivir con dignidad. Cuanto más deseamos y afirmamos el bien para todos, más posible es su manifestación. Bendecir es aprender a vivir desde una actitud básica de amor a la vida y a las personas. El que bendice elimina de su corazón otras actitudes poco

sanas como la agresividad, el miedo, la hostilidad o la indiferencia. No es posible bendecir y, al mismo tiempo, vivir condenando, rechazando, odiando.

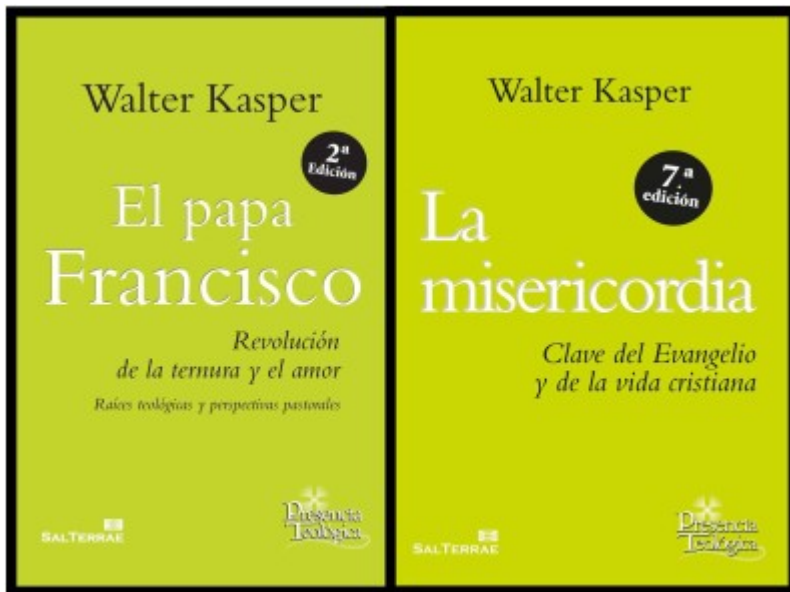
Bendecir es desearle a alguien el bien desde lo más hondo de nuestro ser, aunque nunca somos nosotros la fuente de la bendición, sino sus testigos y portadores. El que bendice no hace sino evocar, desear y pedir la presencia bondadosa del Creador, fuente de todo bien. Por eso, sólo se puede bendecir en actitud gozosa y agradecida a Dios.

La bendición hace bien al que la recibe y al que la practica. Quien bendice a otros se bendice a sí mismo. La bendición queda resonando en su interior como una plegaria silenciosa que va transformando su corazón, haciéndolo más bueno y noble. Nadie puede sentirse bien consigo mismo mientras siga maldiciendo a alguien en el fondo de su ser.

La fiesta de la Ascensión es una invitación a ser portadores y testigos de la bendición de Cristo a la humanidad.

Kaspereces

Por: Pablo Dabezies



La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana, de Walter Kasper (2012)

En setiembre del año pasado estuve en Buenos Aires para el centenario de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de la Argentina (UCA), de la que participó como invitado y expositor el cardenal alemán Walter Kasper. Es conocido últimamente como uno de los obispos más cercano al papa Francisco. Desde mucho antes, es un teólogo conocido y prestigioso. Además de sus grandes obras de hace unos años, sobre todo “Jesús el Cristo” (1974) y “El Dios de Jesucristo” (1982), el libro del que se ha hablado más en estos años es “La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana”, de 2012. En esa difusión y éxito tuvo que ver el elogio que Francisco hizo del mismo en su primer Angelus, hace tres años, un 17 de marzo de 2013.

En su prólogo, el mismo autor dice: “El presente texto se propone anudar la reflexión teológica con consideraciones espirituales, pastorales y sociales con vistas a propiciar una cultura de la misericordia”. Y nos hace saber que la obra es fruto de “borradores de un ciclo de charlas para Ejercicios”. Tema que se le “resistió”, confiesa, por lo que lo retomó durante varios hasta llegar a este producto, en 2012.

Son nueve los capítulos que comprenden sus casi 250 páginas. Los dos primeros son como introducciones al asunto: “La misericordia, un tema actual pero olvidado” y “Aproximaciones”, desde la perspectiva filosófica y de las diversas tradiciones religiosas. Luego siguen los cuatro capítulos centrales en que Kasper desarrolla el meollo de su estudio: “El mensaje del Antiguo Testamento”; “El mensaje jesuánico [de Jesús] de la misericordia divina”; “Reflexiones sistemáticas” y “Bienaventurados los misericordiosos”. En estas páginas se puede comprobar toda la seriedad y rigor del autor, lo que no significa que la lectura sea difícil. Y finalmente los tres capítulos conclusivos, el primero de dimensión más eclesial (“La Iglesia, sujeta a la medida de la misericordia”); luego, “Para una cultura de la misericordia” y el último, más breve, dedicado a la Virgen, “María, Madre de la Misericordia”.

El libro es realmente bueno, por su tema y la manera en que está tratado, una pequeña suma sobre el asunto, que como dice Kasper, ha sido dejado de lado durante mucho tiempo, de forma “asombrosa y alarmante”, aunque sea de una gran relevancia bíblica y de urgente necesidad para el

mensaje cristiano en los últimos siglos, dadas los grandes dramas que ha tenido que enfrentar la humanidad. Estamos agradecidos pues al cardenal alemán por esta investigación y reflexión muy profunda, por abrirnos realmente un camino privilegiado hacia el corazón de Dios. Es evidente que la celebración del Año de la Misericordia hace a este libro ulteriormente útil y muy recomendable. La edición que tengo en mis manos es la cuarta en Argentina (2015), por Sal Terrae, colección "Presencia Teológica" 193.

El papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor. Raíces teológicas y perspectivas pastorales, de Walter Kasper (2015)

Otra obra, de las últimas, del mismo cardenal Kasper. Se trata de un libro pequeño, de algo menos de 150 páginas, también él originado en una serie de conferencias que el mismo prelado dio en alemán e inglés y que luego reelaboró ante el requerimiento de su publicación. Cubren el período que va desde la elección de Francisco hasta inicios de 2014.

Se trata de una obra de lectura asequible, que mantiene el tono más llano de una charla, pero que ha sido dotada de notas útiles y rigurosas (varias, sin embargo, en alemán).

Kasper demuestra ser testigo de primera mano de los momentos más importantes de esos casi dos primeros años del pontificado de Bergoglio. Y cuando no lo es, se nota que se ha informado de manera conveniente. No es su estilo el de una crónica amena, sino más bien un análisis a partir de los acontecimientos, palabras y documentos. En doce capítulos de una extensión más o menos promedio de diez páginas, desarrolla varios aspectos centrales de lo que estaba siendo el servicio de Francisco. Se nota de forma clara la empatía del autor con la manera de actuar y el pensamiento del papa argentino.

El tercero de esos capítulos, "Encuadramiento en la historia de la teología: raíces argentinas y europeas", me resultó especialmente bueno e informativo. Allí Kasper ubica y explica, de modo sencillo y preciso, las raíces de la teología del Papa, refiriéndose a la elaboración teológica en la Argentina del post Concilio y las influencias recibidas de corrientes europeas. Hay allí datos y conexiones que personalmente no conocía. También me sirvió mucho, como latinoamericano con problemas para analizar esa realidad, la mirada sobre la situación europea y la misión de la Iglesia en ella según Francisco ("Europa, ¿dónde están tus ideales?"). Pero todo el libro es interesante por la reflexión que desarrolla este prestigioso teólogo alemán y hombre de Iglesia de rica y variada trayectoria sobre esa novedad que comenzaba a significar Bergoglio como obispo de Roma. En el último acápite, conclusivo ("Mirada hacia adelante: la alegría y esperanza del Evangelio"), el autor saca algunas conclusiones, se formula preguntas y manifiesta intuiciones que el año y meses siguiente ha enriquecido, respondido al menos en parte, y confirmado. Libro que realmente recomiendo.

La edición que he leído es de Sal Terrae argentina (2015), colección "Presencia Teológica" 222.